LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 30 pesetas; seis meses 16; tres meses 9.—EN PROVINCIAS.—Un año 35 pesetas; seis meses 18; tres meses 10.—PORTUGAL.—Los mismos precios que en provincias, con 15 por 100 de aumento por exceso de franqueo.—EXTRANJERO.—Un año 60 francos seis meses 22; tres meses 12.

AÑO XIV.—NÚM. 29.

Diciembre 15 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 9; seis meses 5.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 12; seis meses 7.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

ESPAÑA.—VISTA DEL PUERTO DE CARTAGENA.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista europea, por D. Emilio Castelar.—Cartagena.—El óbolo patriótico.—Los globos correos.—Combate naval.—Objetos procedentes de los galeones de Vigo, por D. E. de Cortázar.—Angela Ortolani, por L. N.—La cabeza del conde de Urgel, leyenda, por D. Víctor Balaguer.—San Francisco de Asís.—Los móviles bretones.—Caza del caballo salvaje.—Recuerdos de viaje: Tunja, capital de Boyacá, por J. V.—Álbum poético: La paloma mensajera, por D. Angel María Segovia.—La araña, la mosca y los lagartos, fábula, por D. Remigio Caula.—En el festin, por D. E. G. Ladevese.—Ambulancia inglesa en Saint-Germain.—La esquina de la calle de los Peligros.—Anuncios.

GRABADOS.—Vista de Cartagena.—Los móviles bretones.—Caida de un globo-correo dentro de las líneas alemanas.—Combate naval.—Angela Ortolani.—Suscricion nacional para la fabricacion de cañones.—San Francisco de Asís.—Caza del caballo salvaje.—Dos vistas de Tunja.—Ambulancia inglesa en Saint-Germain.—La esquina de la calle de los Peligros.

REVISTA EUROPEA.

¡Quién conoceria hoy á París!—La antigua Sibaris de los placeres infinitos, de las cenas babilónicas, de los bailes vergonzosos; el asilo del vicio, el templo de la sensualidad, severa, recogida, como en su viudez la Jerusalen del Profeta, se baña en fuego, se limpia de todas sus manchas, y se purifica en una purificacion radical y profunda que trascenderá á toda la humanidad. El dolor es un elemento regenerador en la vida. Su virtud lo convierte en redencion. París, París hoy, asediada, reducida á comer carne de asno y de caballo, coronada de fuertes en vez de flores, presa de la guerra, con el cañoneo por toda música, el combate por todo espectáculo, y el sayal del soldado por todo lujo, parece más envidiable que aquella ciudad de las delicias sin cuento, de las fiestas sin número, donde el arte trenzaba todas sus coronas, donde los refinamientos de la cultura humana hacian todos sus prodigios; porque París hoy aprenderá en esta triste pasion, que los pueblos viven, no tanto de su riqueza y de su industria, como de esa vida moral cuya fuente se encierra en el seno de la libertad. Padecer, cuando se padece por la justicia, es progresar, es revivir en las cimas de lo ideal. La guerra, el incendio, el hambre, las trombas de metralla, las tempestades de fuego, el asalto en que enemigos rabiosos y delirantes renuevan los antiguos sacos de Roma, podrán aventar las cenizas de la gran ciudad á los cuatro puntos del horizonte; pero no podrán extinguir ese espíritu, ático por lo brillante, romano por lo universal, que ha divulgado la idea del derecho entre los pueblos y la ha grabado indeleblemente en la conciencia humana, como el sol de la moderna sociedad.

De vez en cuando llegan á nuestras manos cartas que algun amigo nos envia, sin que pueda esperar la respuesta. Por ellas, por la diligencia de los periódicos, y sobre todo, de los periódicos ingleses, puede formarse aproximada idea de París, de ese París sitiado, de ese París mártir, que defiende las dos causas más caras al corazon humano, la causa de la independencia de las naciones, y la causa de la República universal.

La mayor parte de sus magníficos bosques ¡ay! están talados: los hermosos pueblos de los alrededores, llenos de quintas, que los jardines bordaban, todos están desiertos. Sus habitantes han huido, llevándose consigo los ajuares, como los antiguos vencidos se llevaban los penates. Los fuertes destacados lanzan gruesos proyectiles, despedidos por la poderosísima artillería de marina. Los fuertes ó bastiones del recinto se hallan ligados entre sí por murallas de tierra hechas con arte, con primor, prueba de que París en su asedio, como los griegos en su muerte, jamás olvida el culto religioso á la hermosura y al arte. Detrás de estas murallas se alzan barricadas con coraza, especie de buques inmóviles, último seguro de una desesperada defensa. Los grandes edificios tienen sus ventanas tapiadas por sacos de arena, y el arco de la Estrella soporta sobre su cima una grande batería de cañones marítimos.

En las calles se ven por todas partes uniformes, que muestran un hecho capitalísimo, la elevacion de todos los ciudadanos á la alta dignidad de soldados de la patria. Los edificios mayores y más magníficos; el Palacio de la Industria, testigo de tantas fiestas; las Tullerías, asiento del César, ó son hospitales de sangre, ó son cuarteles. Las casas particulares tienen el deber de dar alojamiento. Y tras de las murallas se extienden grandes barracones que sirven de abrigo contra las inclemencias del invierno á los batallones en vela. Muchas veces acampan al aire libre los elegantes del boulevard y del bosque, y se dan por contentos cuando topan con un buen guijarro sobre el cual puedan reclinar sus cabezas. Este sitio será para los parisienses como una escuela de Esparta. En él aprenderán los antiguos epicúreos que el can-can perpétuo, la orgía sustituida á la mesa de la familia, el erotismo al amor casto y uno, la indiferencia por la vida pública á la saludable disciplina de la libertad, concluye, como todos los grandes crímenes, como todas las abominaciones, por exigir una expiacion, por traer un castigo.

Aparte de esto, las calles presentan su aspecto habitual, si bien ménos cuidadas y barridas. Los niños juegan como siempre en los Campos Elíseos, en el jardin de las Tullerías, en el Luxemburgo, cuidados por sus madres y sus ayas que, por regla general, hacen hilas. Algunos curiosos se van hácia la parte donde suena el cañon, para descubrir con catalejos de todas dimensiones á los enemigos, sus trabajos, sus obras. Se disputa mucho respecto á la defensa. Se controvierten las cualidades del general Trochu. Segun los más exaltados, jamás tuvo un general sobre sí destinos tan altos, tan universales y humanos. Milciades en Marathon, llevaba sobre su responsabilidad los destinos de Grecia; Escipion en Cartago los destinos de Roma; César en Phassalia los destinos del naciente Imperio; pero Trochu, al personificar la defensa de París y la defensa de la República, ha en su personalidad asumido los destinos del género humano. Hay diversidad de pareceres sobre su aptitud, pero unanimidad sobre su honradez; ventaja no escasa en estos perturbados tiempos en que tantos crímenes han sembrado en los ánimos tantas y tan ponzoñosas sospechas. Sobre quien no hay disputa posible es sobre Dorian, el ministro de Obras públicas, antiguo y probado republicano. Él ha dirigido los trabajos, él ha organizado los ejércitos de trabajadores, él ha concluido esas inexpugnables fortificaciones, él ha fundido esos millares de cañones que defienden á la inmortal ciudad, él ha hecho las barricadas, él ha construido la defensa con una celeridad de accion y con una exactitud científica que le pondrán en lo porvenir junto á las grandes glorias de su patria.

Los alimentos, á pesar de las muchas provisiones hechas, van escaseando. La carne de vaca y la carne de carnero se expenden por racion. Para racionarse precisa recoger una papeleta en casa del alcalde de barrio. Con esta papeleta acuden los vecinos á las puertas de las carnicerías. Desde el alba, ántes del alba, se agolpa la gente, formando una inmensa cola como en tiempos normales á las puertas de los teatros. Pero si hay que dar la carne de vaca y de carnero por racion, abunda la carne de caballo, la carne de perro, la carne de gato, hasta la carne de rata, carnes que se consumen siempre en los sitios, y que parecen al paladar adobado por el hambre, excelentes viandas. Un carnicero ciñó su tienda de flores, ciñó coronas de fresco y verde laurel á sus gatos, á sus perros, á sus caballos muertos, y anunció que para ser buen patriota y buen republicano, se necesita hoy en París, como de un gran corazon, de un gran estómago.

El animal cuya carne ha tomado un crédito extraordinario en estas circunstancias difíciles y extraordinarias, el animal querido y reputado por su sabor, por sus buenas cualidades alimenticias, el animal, que proporciona los manjares por excelencia, es el burro. Todo el mundo dice que esta carne, por lo tierna y sabrosa, se parece mucho á la carne de ternera. La libra de vaca cuesta treinta sueldos franceses, franco y medio, precio fabulosamente barato para un sitio. En Gerona, costaba una rata cinco reales cuando su inmortal sitio por la independencia de España. Manteca no se encuentra fácilmente. Pero en cambio hay azúcar, té, café, vino sobre todo, en prodigiosa abundancia. El pan se expende al precio ordinario. Y si la carne abundára como el pan, no podria París rendirse al hambre ni en el espacio de un año. Pescado, naturalmente no tienen. Están reducidos á la pesca del Sena, donde se cogen unos pececillos denominados *goujons*, que suelen comerse fritos, rebozados con huevos, y son riquísimos. En los terrenos pantanosos se plantan toda suerte de hortalizas.

Las reuniones públicas menudean. Fuerza es decirlo: no suele haber en estas reuniones la prudencia y la sabiduría políticas que sólo adquieren los pueblos en la escuela severísima de la libertad. Siempre en la mayoría de los oradores predomina el criterio de la fantasía; siempre el ideal es una utopía; siempre el medio del progreso, la violencia y la revolucion; siempre el fin, uno de esos apocalipsis sensuales acreditados y divulgados por el antiguo Imperio, para apagar la conciencia, para corromper los caractéres, para quitar al ideal severo, estóico de la República, ese culto del alma que engendran las legiones de héroes y de mártires, cuyos esfuerzos y cuyos sacrificios trasforman las sociedades humanas. Pero hay mucha gente que se asusta de las reuniones públicas y que las cree destinadas á perder la libertad. El deseo de la perfeccion absoluta nos pierde en política. Y el mal entra como una levadura necesaria en nuestra vida contingente y limitadísima. Hay gentes que quisieran aire sin viento, mar sin tormentas, nieve sin frio, sol sin calor, agua sin humedad, discusiones sin errores, libertad sin agitacion, clubs sin ruido. Es necesario amar la libertad con todos sus inconvenientes; porque sus errores, sus violencias, sus delirios, sus tropiezos, sus extravíos, señales son de vida, en tanto que son señales de muerte el silencio, la quietud, la parálisis, la atonía del despotismo. Ya lo dijo Tácito: «Prefiero los peligros de la libertad á la quietud de la servidumbre.»

París, en medio de todo, no puede olvidar su antiguo culto á las artes. Ora sea para contrastar las reuniones públicas, ora para distraer los ánimos embargados con las preocupaciones guerreras, hánse abierto conferencias. Los oradores hablan continuamente en ellas de ideas, de enseñanzas relacionadas con el sitio de París, ó con la proclamacion de la República. Las letras, las artes, son tambien asunto de sus discursos. Francisco Sarcey ha hablado de la moral en las batallas. Pasdeloup ha reunido su orquesta y tocado aquellas piezas de alta música clásica que elevan y fortalecen el ánimo. Courbet ha querido exponer la estética de sus cuadros, sí, de sus cuadros naturalistas, y ménos hábil en la palabra que en el pincel, la voz se le anudó en la garganta desde el comienzo del exordio. En cambio, Legouvé ha consagrado palabras elocuentísimas arrancadas á lo más profundo del alma, á la actitud de París, á su soberana decision, á su valor, á la entereza con que está resuelto á merecer, como ántes por su industria, por sus artes, por su ciencia, hoy por sus combates y por sus sacrificios, la capitalidad de Francia.

Pero el espectáculo más artístico que París ha ofrecido, es una reunion literaria del teatro francés destinada á recitar el gran poema de Victor Hugo: *Castigos*. Jamás fué tan grande el poeta. Esculpió su maldicion eterna, la maldicion del genio, en la frente del Imperio con caractéres indelebles. Todas las notas y todas las escalas de la poesía se encierran en ese libro. La sátira de Juvenal, las imprecaciones de Isaías, los furores del Dante, los gritos más agudos de la conciencia humana, resuenan por sus versos inmortales. Inspiraciones sublimes se han levantado del seno de aquella alma titánica, y han corrido á clavar sus aguijones en el cuerpo del emperador, entregado así por la poesía á la maldicion de todos los siglos, de todas las generaciones. Entre el estampido del cañon, entre el hervidero del incendio, entre el estruendo de la guerra, la palabra inmortal de Victor Hugo

relampaguea y llena con sus nubes tonantes la conciencia humana. Hé ahí cómo la libertad eleva el espíritu y lo alimenta con ese tuétano de leon, indigerible para las sociedades esclavas, que se llama el pensamiento.

Pero ¿cuándo acabará este sitio? Imaginaos el corazon atrofiado en el cuerpo humano; tal es París sitiado en Europa. El foco donde converjen los rayos luminosos de las ideas; el eco que repite los grandes nombres; la encrucijada en que los caminos de la humanidad se encuentran; el laboratorio misterioso que despide la esencia del espíritu humano, París, París, está separado del mundo. Que nos devuelva la capital de Europa, que nos la devuelva transfigurada y rejuvenecida esta República, con la cual habíamos soñado tantas veces los amigos de la libertad.

Concentramos, pues, toda nuestra atencion hoy en la guerra franco-prusiana, porque la guerra franco-prusiana es la clave de la política europea. Invadidos veinticinco departamentos; azotados por los incendios, por las matanzas, por el pillaje y el merodeo once millones de hombres; los monárquicos franceses piden á toda costa una eleccion, como si remitiesen sus últimas esperanzas á las armas prusianas. Gambetta, á pesar de las intrigas que en Tours le rodean; á pesar del influjo inmenso ejercido por el talento de Thiers, que se consagra á pedir constantemente la reunion de la Asamblea; á pesar de la debilidad incomprensible de sus colegas, unos entregados como Fourichon, ministro de Marina, al orleanismo, y otros débiles, inciertos, medrosos, ya en la senectud, no sólo del cuerpo, sino tambien del alma; á pesar de tantas dificultades amontonadas á su paso, mantiene con dantoniana energía la idea salvadora de que en estos momentos supremos no puede la nacion ser consultada, ni ser disminuida la única probabilidad de salud que le resta, la dictadura de la República.

Si alguna duda cupiese del acierto que hay en su política, vivo está, patente el milagro increible de la organizacion de cuatro grandes ejércitos, que parecen salidos por encanto de las fecundas entrañas de Francia. Preso el emperador, roto el ejército imperial y en poder del enemigo, perdido todo el material de guerra, entregados por deshonrosas capitulaciones los generales y los mariscales de Francia, dueño el conquistador de todo el Oriente, sin armas y sin cuadros de oficiales, Gambetta ha organizado el ejército del Loira, el ejército de Bretaña, el ejército del Norte, las legiones de Garibaldi, las guerrillas del Este, y los cuerpos de ejército que avanzan desde el Mediodía para impedir el sitio de Lyon.

Y ¡cuántas dificultades no le han cerrado el paso! Metz cae cuando su defensa detenia doscientos mil hombres que se han lanzado sobre el Oeste y el Sur de Francia. Garibaldi, que corre al Este en pos de una victoria que añadir á sus épicas victorias, encuentra en los corazones reaccionarios saña implacable. Los obispos franceses niegan alojamiento en sus palacios, en sus seminarios, á los soldados de Garibaldi, á estos desinteresados defensores de Francia. Los campesinos católicos creen que Garibaldi lleva el demonio en el cuerpo y le denuncian á los ejércitos prusianos. Cambriels, que ha de apoyar sus operaciones, le apoya tibiamente. Se necesita de todo su genio para sobreponerse á tantas dificultades y triunfar de los prusianos dos veces en esos encuentros rápidos, imprevistos, milagrosos, dignos de su historia.

En Bretaña iguales ó mayores dificultades. Keratry es un buen patriota, pero un tanto ligero. Se cree el gobierno. Hace levas á su arbitrio. Y pide que muchos de los soldados puestos á las órdenes del guerrillero Chatelyneau, se pongan á sus órdenes y se inscriban bajo sus banderas. El jefe, que representa el antiguo espíritu provincial, sus tradiciones, sus glorias, ha levantado un ejército que conviene conservar á toda costa, mayormente cuando pudieran atribuirse á causas políticas, á disentimientos de ideas, todos los obstáculos que le arrojara en su camino un gobierno republicano. Keratry se ha dolido de que Gambetta, atento sin razon á las anteriores consideraciones, no haya mandado la incorporacion á sus tropas de los hombres que él reclamaba, y ha presentado su dimision á la víspera de la batalla. Pero la ha presentado en términos duros, inconvenientes, preñados de amenazas á la activa y enérgica administracion que se ha encargado de salvar Francia y la República en esta suprema crisis, no sólo de Europa, sino de toda la humanidad.

Dificultades tambien al Norte. El destinado á mandar este ejército es Bourbaky. Pero Bourbaky ha sido uno de los generales cortesanos; ha estado en Metz junto á Bazaine, el mariscal del Imperio despues de su ruina; ha ido á Lóndres y ha conferenciado con la emperatriz; aparece justamente sospechoso á los ojos no sólo de los republicanos, sino tambien de los franceses. Tan duro es creer en la traicion de los valientes, que Gambetta ha dudado mucho ántes de concederle ó retirarle puesto alguno; pero fluctuando entre ideas diversas y propósitos encontrados, al fin lo ha traido desde el mando superior del Norte á un mando inferior en el Loira. Aceptándolo con resignacion y hasta con entusiasmo, Bourbaki ha demostrado que es hoy digno hijo de Francia, y que será mañana dignísimo general de la República.

Al Mediodía, Marsella y Lyon presentaban dificultades inmensas. El exceso de republicanismo mataba á estas dos ciudades, como mata al cuerpo humano el exceso de sangre. La demagogia es el eterno escollo de la democracia. En tiempos de guerra, y de guerra por la patria, se necesita el órden, la disciplina, la union, el reconocimiento de la autoridad que concentra en sí el espíritu nacional y que dirige contra el enemigo sus fuerzas, cuando esa autoridad gobierna en nombre de una idea á todos igualmente cara, en nombre de la República. Y sin embargo, en Lyon y Marsella habia desobediencia, indisciplina, no en el grado que abultaron los periódicos reaccionarios de toda Europa, pero en algun grado, y ese, aunque relativamente corto, lamentable. Gambetta se ha dado tal traza, que Marsella y Lyon hoy son las dos ciudades más dispuestas á la severa disciplina que exige de todos sus hijos Francia y de todos sus partidarios la República.

A esto únase su actividad vertiginosa, su presencia á un mismo tiempo en todas partes. Falta dinero; contrata un empréstito en Lóndres y llena las vacías arcas de Francia. Falta artillería, y encarga á cada municipio que le envíe un cañon á la prusiana. Los municipios funden sus campanas. Falta disciplina, y castiga implacablemente á los guardias movilizados que pudieran comprometer la salud de la patria, la vida de toda Francia. Falta inteligencia entre los generales, y acude á sus filas, y los cela, y los arenga, y los une, y sostiene con su vigorosa atlética mano en respeto los ejércitos victoriosos de Alemania ante estos ejércitos bisoños, mal organizados, que han nacido, como en 1793, por un milagro increible, del seno de la República. Podrán sucumbir, podrán perecer, porque la Providencia cree que todavía no ha purgado Francia sus veinte años de Imperio; pero ya no sucumbe el honor de Francia, que ha salido ileso merced á todos estos maravillosos esfuerzos, á todos estos sublimes sacrificios.

Cuando tantos obstáculos se hallaban ya vencidos, envió Gambetta sus inteligentes embajadoras á París, las cándidas, las buenas palomas, los animalitos sin hiel. La que llevaba la noticia de la recuperacion de Orleans fué herida por los prusianos, y llegó ensangrentada á las torres góticas de Nuestra Señora. ¡Pobres, pobres palomas! Habeis nacido para la luz y para el aire; habeis nacido para demostrar que la tierra no pierde su primitiva pureza; andais sobre el lodo sin manchar vuestras pintadas patitas, vuestras sedosas relucientes plumas; y el hombre, el sacerdote de la naturaleza, el intérprete de Dios, el sér creado para dar conciencia de sí al Cosmos en el pensamiento, y para poner junto al cielo sembrado de astros el espíritu sembrado de ideas, ¡ah! el hombre enciende la guerra, desencadena el genio de la destruccion, y os arrebata en sus torbellinos, y os hiere, y os ensangrienta con sus perversos ódios. Ese pobre animal inocente que lleva un consuelo á los sitiados, que es herido en sus alas, que arriba hasta el término de su viaje desangrándose como si quisiera salvar la tierra donde tuvo su nido, ¿no inspira un sentimiento de ternura y de compasion á todos los corazones humanos, á todos los corazones que no ha emponzoñado el venenoso jugo de la guerra?

Inmediatamente despues de haber recibido la noticia, Trochu proyecta una salida en combinacion con el ejército de Orleans. Esto es tanto más necesario, cuanto que, efecto sin duda de una larga indolencia, se han manifestado en París síntomas de insubordinacion, y especialmente entre los soldados que guarnecian el fuerte de Saint Denis. Todas estas particularidades demuestran que era indispensable, completamente indispensable una salida. Setenta y dos dias llevaban los parisienses de sitio el 28 de Noviembre cuando se anunció el movimiento de la guarnicion. Un numeroso ejército, disciplinado, fogueado, fué á romper el cerco para dar la mano al ejército del Loira. Trochu habló á París lanzando sobre los conquistadores el anatema que contra ellos pronuncia la conciencia universal. La sangre que derraman hoy, recaerá mañana sobre esos soldados y sobre sus hijos, porque desde Sedan pelean los alemanes por la conquista y los franceses por la patria, causa inmaculada y eternamente justa.

Ducrot manda el ejército libertador. Este general pertenece á los pocos que vieron y anunciaron con tiempo la terrible catástrofe á cuyo termino estaba el dia último del Imperio. Prisionero en Sedan, fué conducido á una de las plazas cercanas; y habiéndose olvidado los vencedores de exigirle su palabra en la capitulacion, creyóse desligado de todo compromiso, se fugó, y corrió á pelear por el honor y la libertad de Francia. Los alemanes le han amenazado con fusilarlo si volvia á caer en sus manos. Pero al salir de París ha jurado, invocando la sombra de la patria, no volver sino vencedor ó muerto. En la mañana del 29 los fuertes abrieron á una en toda la circunferencia de la capital horroroso fuego. De esta suerte protegian las salidas, y ocultaban al enemigo el punto capital de su ataque. Éste empezó por la derecha del ejército sitiador, por Choisy, el Hay, Chevilly. El Marne desagua en el Sena cerca de París. El general lo atraviesa y empeña la batalla á los alrededores de Champingy. Ocho puentes sirvieron para el paso del Marne. Y los sitiados pernoctaron en el sitio mismo en que la noche ántes acampaban los sitiadores. El general Trochu que refería á los parisienses todas estas hazañas de Ducrot, callaba la parte que él mismo habia tomado en la salida, el ánimo que habia infundido en los combatientes, su presencia en todos los sitios de peligro, el arrojo con que restableció cien veces la batalla. Los fuertes han lanzado á torrentes la muerte sobre los prusianos. Los wagones blindados, que el ilustre Dorian construyera, han prestado grandes servicios recorriendo la línea del ferro-carril estratégico.

El 30 por la tarde el almirante La Ronciere salió tambien á romper el cerco. Tomó el camino de Longjumeau, y llegó á desalojar los prusianos de Epinay. Así es que han debido replegarse los sitiadores en la fuerte posicion de Montmorency. Mientras tales combates se hallaban empeñados por Ducrot y por La Ronciere, hácia el Sur salia, como un torrente, Vinoy, nombre ya ilustrado en las alturas de Villejuif, donde por primera vez comprendieron los prusianos que el sitio de París estaba para sus armas coronado de obstáculos.

Si bien el rey de Prusia anunciaba que los franceses se habian retirado, el dia 2 estaban sobre las posiciones conquistadas el 30. Los prusianos corrieron con fuerzas enormes á desalojarlos, á convertirlos nuevamente hácia París. Mas no pudieron conseguirlo. Siete horas de un combate horrible, encarnizado, sembró aquellos alrededores de cadáveres. En el momento mismo en que Trochu daba el parte, huia el enemigo en toda la línea. El general recorrió las avanzadas, y en todas partes fué acogido con delirante entusiasmo. El 3 se renueva la batalla. El general la refiere desde Nogent. A la hora de diana ya el enemigo combatia á los defensores de la gran ciudad con tropas de refresco. Tres horas combatieron para re-

FRANCIA.—LOS MÓVILES BRETONES.

SITIO DE PARÍS.—CAIDA DE UN GLOBO-CORREO, DENTRO DE LAS LÍNEAS ALEMANAS.

chazar al enemigo, y cinco horas para ganar las posiciones que ocupaba, posiciones donde pernoctaron. Las pérdidas prusianas fueron el dia 2 enormes. Los prisioneros refieren que regimientos enteros quedaron como segados en el campo de batalla. Se calculan en 20.000 hombres entre muertos y heridos. De los franceses las pérdidas han sido grandes, pero menores que las pérdidas prusianas. El general La Charrierd ha muerto; el general Renauld ha perdido un pié; los generales Paturel y Boissonet han sido heridos. La necesidad de mejorar su situacion ha obligado á los franceses á vivaquear en el bosque de Vincennes.

Pero ¡ah! que este esfuerzo ha sido de todo punto malogrado, porque el ejército del Loira, en vez de adelantar, ha retrocedido. El 28 anunciaba ya el rey Guillermo una victoria sobre este ejército. Pero no hubo tal victoria; fué derrota para los prusianos. El vencedor de Sadowa, el debelador de Metz, el príncipe Federico Cárlos, tuvo que replegarse, y tuvo que constituirse sólidamente á fin de evitar una derrota. La maniobra de los prusianos iba encaminada derechamente á envolver y sitiar el ejército del Loira, reproduciendo una batalla semejante á la batalla de Sedan. Pero el general Paladine comprendió la maniobra, y dilató su línea de manera que no pudo envolverlo el príncipe Federico Cárlos.

El ala derecha del ejército francés fué durante dos dias de victoria en victoria. Pero el ala izquierda no pudo seguir este movimiento, porque se encontró frente de sí el ejército prusiano reforzado por el duque de Meklemburgo. En virtud de este encuentro tan funesto, la izquierda francesa se replegó sobre Orleans. El duque de Meklemburgo, que corria sobre el Mans para envolver todo el ejército francés, tuvo que limitarse á derrotar el ala izquierda. Pero en cuanto el ala izquierda fué derrotada, se encontró el centro francés descubierto. No tenia más remedio que retirarse tambien. Y naturalmente, la derecha vencedora, hubo de ser envuelta en el movimiento general del ejército. Una retirada se pronunció en todos esos soldados del Loira tan dificilmente reunidos y organizados.

COMBATE NAVAL EN LAS COSTAS DE LA HABANA ENTRE EL «METEORO» Y EL «BOUVET».

Pero no fué una dispersion. El general Aurelles de Paladine anunció en la noche del 3 al 4 que debia evacuar á Orleans, y retirarse á la izquierda del rio. El gobierno de Tours desaprobó este movimiento, porque áun tenia el general en jefe del ejército del Loira doscientos mil hombres y quinientos cañones, y además un gran campo atrincherado servido por la artillería de marina. Por eso el gobierno mandó que el ejército se detuviera y esperara al enemigo. E general replicó que sólo él, conocedor de las fuerzas contrarias y del espíritu de su gente, era juez en la materia y responsable de la salvacion ó pérdida de la campaña. Despues de una larga deliberacion, el gobierno le autorizó para ejecutar la retirada. Entónces el general dijo que habia decidido organizar la resistencia. Inmediatamente Gambetta se partió de Tours á Orleans para sostener con su presencia la lucha, y comunicar á los soldados su energía. Pero se encontró á los prusianos en el camino, y estuvo á punto de caer prisionero, hasta que al fin los franceses abandonaron á Orleans, y la recuperaron los prusianos. ¡Oh! la pluma se niega á referir tanta desgracia.

El gobierno acaba de trasladarse desde Tours á Burdeos; pero el ministro del Interior y de la Guerra ha corrido á unirse al ejército del Loira. No puede dudarse de que hay solidez en este ejército, cuando tras tantas derrotas, tras una retirada forzosa, todavia hace frente con grande constancia y éxito al ejército del príncipe Federico Cárlos, que en Beaugency le ha atacado con ímpetu. Por fin estas victorias han tenido el premio que el vencedor anhelaba. Acaba de ser proclamado el rey Guillermo emperador de Alemania. Nada más justo. Entre las llamas, entre las ruinas calcinadas, bajo la lluvia de plomo fundido, sobre los escombros de las ciudades inmoladas, al borde oscuro de los torrentes de sangre, en las ráfagas de la peste, sobre las entrañas destrozadas, los corazones partidos de un millon de hombres, sobre las pirámides altísimas de huesos mondados por los picos de los buitres, debe aparecer el fantasma nacido de todos estos crímenes, el fruto natural de todos estos horrores, un nuevo César cabalgando sobre un nuevo Imperio, y

un pueblo vencido y esclavizado por sus inhumanas victorias. Hay Providencia. Y no tardará en sentirse ¡oh esclava Alemania! su justicia.

EMILIO CASTELAR.

CARTAGENA.

Plaza fuerte de primer órden, capital de un departamento marítimo, residencia de cónsules extranjeros, la ilustre ciudad de los *cuatro collados*, una de las más antiguas de España, bien merece un recuerdo en las páginas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Y la ocasion es oportuna, cuando el nombre de la famosa ciudad púnica se pronuncia por todos los españoles, con motivo de haberse embarcado en aquel puerto los diputados constituyentes que fueron comisionados por el Congreso para ofrecer al duque de Aosta la corona de Castilla.

¿Quién se atreve á fijar con exactitud el orígen de Cartagena?

Refiriéndose á los tiempos mythicos, decia el elegante poeta Silio Itálico:

Dat Carthago viros, Teucro fundata vetusto.

Pero nadie, creemos, fundado en la opinion de un vate, podrá señalar á Cartagena este origen, ni ménos dirá si la célebre ciudad era independiente cuando los cartagineses se apoderaron de ella, ó si constituia el centro de una colonia griega, ó fenicia, ó romana, como Sagunto, Gades y Tarragona.

Lo que parece indudable es que el africano Asdrúbal la fortificó y engrandeció, considerando que aquella ancha bahía, la más espaciosa y cómoda de las costas que baña el inquieto Mediterráneo, era una adquisicion inapreciable para la audaz Cartago, la eterna rival de Roma.

En los tiempos de Silio Itálico, dice este poeta:

Igualarse con ella no pudiera
ciudad alguna, ora se mirara
su grande puerto, su elevado asiento,
su fertil campo y fábrica de armas,

de la que áun quedan vestigios, que dicen bien elocuentemente lo que debió de ser este grandioso edificio.

Escipion el africano, vengador de su padre y de su tio, se apoderó de la ciudad cartaginesa, venciendo á Magon, que la defendió desesperadamente, mientras Lelio hacia prisionera en el puerto la numerosa armada de los púnicos.

Sexto Pompeyo, despues de la batalla de Munda, entró en Cartagena con los restos del ejército; pero el gran Julio César lo arrojó bien pronto de aquel penúltimo baluarte de su fortuna.

Los godos, al decir de San Isidoro, la redujeron á cenizas, *á Gottis subversa atque in desolationem redacta est.*

Cartadjanah-el-Half llamáronla los árabes, quienes la poseyeron hasta 1243 en que fué conquistada y restaurada por Fernando III de Castilla, *el Santo;* pasó á poder del rey don Jaime de Aragon en 1265; volvió á pertenecer á Castilla bajo Alfonso *el Sabio*, en 1272; fué reincorporada á la corona de Aragon en 1304, y devuelta, por último, definitivamente á la de Castilla despues de algunos años.

Estrecho es el espacio de que podemos disponer en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, para hacer mencion de los hechos más notables acaecidos en la vetusta y nobilísima Cartagena.

De este puerto salió, en 1509, la expedicion española que dirigió contra Oran el insigne cardenal Jimenez de Cisneros; Felipe II armó tambien en ella una fuerte escuadra contra sarracenos y turcos; el pirata inglés Mr. Drake la tomó, saqueó é incendió, en 1585; el conde de Santa Crúz hizo que se entregase, por el archiduque Cárlos, á la escuadra anglo-holandesa, en 1706, durante la guerra de sucesion, siendo conquistada luégo por el valiente duque de Berwick; Cárlos III preparó en su puerto la famosa expedicion contra Argel, que no correspondió á las esperanzas por el monarca concebidas; y fué Cartagena, para concluir, una de las primeras poblaciones españolas que dieron la señal de guerra contra los franceses en 1808.

El grabado que ofrecemos á nuestros apreciables suscritores en la pág. 449, es una exactísima copia de esta memorable ciudad, con su ancho puerto y sus grandes almacenes.

A lo léjos aparecen ancladas las hermosas fragatas españolas *Numancia*, *Villa de Madrid* y *Victoria*, designadas para conducir á Génova á los comisionados de las Córtes Constituyentes.

Hay pueblos á los cuales ha arruinado la época presente, pero la estrella de Cartagena empezó á declinar mucho ántes.

Hoy es una sombra de lo que ha sido.

Á semejanza de Búrgos y Toledo, la antiquísima ciudad de los cuatro collados vive hoy la triste vida de los recuerdos.

EL ÓBOLO PATRIÓTICO.

PARÍS.—SUSCRICION NACIONAL PARA LA CONSTRUCCION DE CAÑONES.

Ocurrió la catátrofe de Sedan, y los parisienses, víctimas hasta entónces de ilusiones engañosas, comenzaron á pensar muy sériamente en que á los victoriosos alemanes podria antojárseles rodear á París de hulanos, cañones y bayonetas.

Un poco tarde era, un mucho se habian descuidado los trabajos de las fortificaciones de los suburbios, y no poco se ridiculizó al *hombre de Sedan*—al *hombre funesto*, como ha llamado el ex-imperialista Edmundo About á Luis Napoleon Bonaparte—cuando, en los dias siguientes á las primeras derrotas de la Francia, recomendó á los parisienses que activasen las obras de defensa.

Pero la catástrofe de Sedan, repetimos, vino á cambiar por completo la decoracion, y todos los parisienses, incluso los hombres del nuevo Gobierno, se convencieron de que era necesario lo que hasta aquel infausto dia se habia considerado como inútil.

Con ardor febril se prosiguieron entónces las casi abandonadas obras de defensa.

Millares de trabajadores clavaron la piqueta demoledora en las construcciones rurales de las cercanías de París; desaparecieron como por encanto las deliciosas *villas* y los pintorescos *chalets;* incendiáronse los bosques; se cortaron los puentes del Sena y del Marne; destruyéronse, en fin, todas las obras que pudieran ser útiles á los alemanes para el futuro bloqueo.

Reparáronse en cambio los fuertes exteriores; se levantaron otros nuevos; se construyeron murallas y empalizadas; abriéronse anchos fosos; sembróse la tierra de torpedos y máquinas infernales, y erizáronse, por último, de cañones todas las defensas.

Pero resultó en seguida que dentro de París habia un ejército, más ó ménos bisoño y disciplinado, sin piezas de artillería.

Entre tanto los alemanes se acercaban sin obstáculos sérios, y hasta Versalles, la antigua córte del gran rey, llegaron las avanzadas del ejército del príncipe real.

La situacion era grave.

El general Trochu comprendió que para hacer frente á necesidades tan perentorias era urgente é indispensable de todo punto excitar el sentimiento patriótico de los amenazados parisienses, y les dirigió una alocucion ardiente que terminaba con estas enérgicas frases:

—¡Necesitamos cañones!... ¡El ejército salvador pide cañones!... ¡Pueblo de París, dános cañones!...

Y el pueblo aplaudió con entusiasmo, y respondió á las proclamas de M. Trochu iniciando suscriciones voluntarias para la construccion de las piezas.

El grabado de la pág. 456 es una copia exacta—cuyo cróquis se nos ha remitido por globo-correo—de las escenas que tienen lugar á cada momento en las mesas petitorias de cualquier distrito de París.

El *maire* ó sus delegados autorizan el acto; algunos individuos de la guardia nacional velan por la conservacion del órden, y la multitud acude á depositar en la caja nacional el óbolo patriótico para la fabricacion de cañones.

La aristocrática dama y el noble caballero, lo mismo que la infeliz *griseta* de los talleres y hasta el picaresco *gamin* de los boulevards, se codean y se empujan para entregar la generosa ofrenda.

París no tenia cañones en los últimos dias de Setiembre; y ahora, merced á la suscricion popular, ha presentado en línea de batalla, en los sangrientos combates del 29 de Noviembre y 2 de Diciembre, la friolera de quinientas piezas de artillería.

Verdad es que el alarmante grito *la patrie en danger* siempre ha obrado prodigios en la vecina Francia.

LOS GLOBOS-CORREOS.

Encerrados lo parisienses, desde la última quincena de Setiembre, en un círculo de hierro, era natural que pensasen en hallar los medios de comunicarse con sus compatriotas de los departamentos de Francia.

Y por ende, con el mundo entero.

París, *aprisionado* en ancha cárcel, demasiado pequeña sin embargo para sus famélicos habitantes, por 1.000 cañones Krupp, 40.000 hulanos y 300.000 bayonetas alemanas, halló bien pronto lo que buscaba.

M. Nadar, el *hombre-todo*, como en los *boulevards* se le llama, tan pronto escritor como fotógrafo, maestro de esgrima ó aeronauta, se ofreció al Gobierno de la defensa nacional para conducir á Tours un pliego importante.

—¿Y cruzareis por las líneas prusianas? le preguntaron.

—Sí,—respondió tranquilamente,—en el *Águila*.

El *Águila* es un monstruoso globo que posee M. Nadar.

Dicho y hecho: el aeronauta se dirigió una mañana á la estacion del Norte, hizo hinchar el desmesurado montgolphier, arregló en la barquilla el lastre, los víveres y los despachos, y se elevó majestuosamente en los aires, á despecho de los inflexibles sitiadores y con gran contentamiento de los sitiados parisienses.

A las tres horas escasas, el *Águila*, arrebatado por un recio sudoeste, se balanceaba sobre los tejados de Maubeuge, ciudad francesa en la frontera belga.

Fácilmente pudo el atrevido aeronauta llegar á tierra, cargar con los despachos, dirigirse á Valenciennes, tomar el tren y plantarse en Tours como llovido del cielo—y no era broma—en la mañana siguiente.

Súpose en París á los tres dias, por medio de palomas-correos, el feliz éxito del viaje aéreo de M. Nadar, y desde entónces hasta la fecha no han dejado de salir globos *(ballon-monté)* de la bloqueada capital de Francia.

Hasta se ha organizado últimamente un sistema de trasportes excesivamente caros, pero del cual se aprovechan sin embargo los *encerrados* parisienses.

Como es de suponer, no todos los viajes áereos han tenido el mismo feliz éxito.

Los prusianos están continuamente á caza de globos-correos, ni más ni ménos que los árabes del desierto á caza de gacelas, y no son pocos los que han caido dentro de las líneas alemanas.

El grabado de la página 452 representa una escena que se repite bien á menudo en los campamentos alemanes: un *ballon-monté*, cerniéndose en los aires y amenazado por el vivo fuego de los fusiles de aguja y hasta de los cañones Krupp, sólo consigue elevarse á mayor altura y salvar las líneas prusianas, arrojando algunos pesados fardos de despachos, cartas y periódicos.

Los soldados se precipitan sobre la *presa*, la recogen y la entregan á sus jefes, quienes la conducen al cuartel general más próximo, donde son examinados los diferentes papeles de que consta.

Aun anda vagando por las regiones áereas un mag-

nífico globo que salió de París en la mañana del 25 de Noviembre.

A las nueve del mismo dia fué señalado en Lila; á las once, en Ostende (Bélgica); á las tres de la tarde, en las cercanías de Haarlem (Holanda), impelido por un fuerte viento del Este que le arrojó hácia el mar del Norte.

A los tres dias, cuando todos creian que los pasajeros de la frágil barquilla habian perecido ahogados, tocó tierra nada ménos que en los alrededores de Cristianía, capital de Noruega, y volvió á elevarse rápidamente, como arrebatado por un vértigo irresistible, perdiéndose en el Oeste.

Y en la mañana del viernes, 2 del actual, fué visto en alta mar por un vapor inglés: el capitan del buque hizo parar la máquina y preparar los botes, pues le pareció que el globo descendia; mas éste bien pronto se remontó de nuevo y se alejó, con viento Sur, en direccion de las costas de Noruega.

Todavia no se sabe que haya tomado tierra.

De todos modos, aunque la navegacion aérea, tal como es hoy dia, puede ser objeto de numerosas peripecias, y quizá muy deplorables, la verdad es que los globos-correos han prestado servicios inmensos, que no se olvidarán fácilmente.

Quiera el cielo que la paz se haga en breve, y que los hombres de ciencia y los mecánicos hábiles, aleccionados con tan repetidos ensayos, consigan entrever la solucion del difícil problema de la direccion de los globos;—ese problema que hace veinte años se ha propuesto resolver un famoso valenciano, el señor Dombon (¡don Inocente!), quien—¡oh dolor!—al final de cada uno aplaza hasta el inmediato el logro de su propósito.

COMBATE NAVAL.

Á las dos de la tarde del 7 de Noviembre se presentó inopinadamente en el puerto de la Habana la cañonera prusiana *Meteor*.

Un vapor-correo francés, *Nouveau-Monde*, se disponia á salir del mismo puerto para Veracruz, cuando el audaz buque enemigo apareció á la vista; mas éste, quizá no queriendo causar perjuicios á los pasajeros del vapor-correo, tomó puerto en la Habana, y el *Nouveau-Monde* emprendió el viaje en la mañana del 8.

Hallábase tambien anclado el *Bouvet*, aviso de guerra francés, y parece que los oficiales del prusiano retaron á los de aquél.

Lo cierto es que á la una de la tarde del 9 se hizo á la mar el *Meteor*, y á la una y diez minutos levó anclas el *Bouvet:* pasaron ambos por la boca del Morro, navegaron con rumbo al N. O. hasta hallarse fuera de las aguas jurisdiccionales de la Habana, calaron masteleros, izaron banderas y se aprestaron á comenzar el combate.

En el vapor español *Hernan-Cortés* se encontraban el capitan general de Cuba, el intendente de Hacienda, el comandante general de Marina, el gobernador civil de la Habana, varias personas distinguidas, y representantes de la prensa nacional y extranjera.

Hallábanse tambien á bordo cuatro doctores en la ciencia de Galeno, útiles y medicinas en sollado, y botes preparados á todo evento.

Á las dos de la tarde, el *Meteor* comenzó á avanzar decididamente sobre el *Bouvet*, y éste sobre aquél: á las dos y media rompió el fuego el buque francés, izando ántes las tres banderas, en señal de que iba á entrar en combate, y contestóle el *Meteor* con un certero disparo, que pasó por la popa del *Bouvet*.

Los dos buques enemigos, maniobrando con mucha perfeccion—segun el parecer de los marinos españoles que presenciaban el combate desde el *Hernan-Cortés*,—siguieron haciéndose fuego por espacio de veinte minutos, y cruzáronse unos treinta disparos.

Á las tres, la cañonera prusiana estaba desarbolada del palo mayor y del de mesana, y el aviso francés habia sufrido notable avería en la máquina, y el vapor se escapaba en abundancia.

El *Meteor* no sufrió averías en la máquina ni en el casco; pero se le enredaron en la hélice las jarcias de los palos tendidos, entorpeciendo la marcha del buque: el *Bouvet* entre tanto desplegó todas sus velas, y se adelantó en demanda de puerto hasta las aguas jurisdiccionales de España.

El combate habia concluido.

La cañonera prusiana tuvo tres muertos y un herido; el aviso francés dos hombres escaldados y otro herido por una astilla.

En cuanto á armamento, el *Bouvet* montaba tres cañones, uno por banda, y una colisa giratoria de á 24: el *Meteor* montaba igualmente tres cañones giratorios, uno de los cuales era una soberbia colisa rayada, sistema Krupp, que arrojaba proyectiles de sesenta libras.

Este combate naval, único en su clase que hasta ahora ha ofrecido la horrible lucha franco-alemana, está representado en la bella lámina de la pág. 453.

OBJETOS PROCEDENTES DE LOS GALEONES
DE VIGO.

Gracias á la complacencia de mi buen amigo don Juan Antonio Moreno, antiguo y entendido empleado, hoy inspector primero de aduanas de la Coruña, he tenido ocasion de examinar con alguna detencion los diferentes objetos que con destino al señor director general de rentas ha traido á Madrid.

Son aquellos procedentes de los galeones de la escuadra del almirante Velasco, que en el año de 1702, y despues del desastre causado por la armada inglesa en la franco-española, fueron sumergidos en las aguas de Vigo para no sufrir la humillacion de ser presa de la marinería inglesa; rasgo de valeroso heroismo propio de quien tiene heredado el arrojo de los habitantes de Sagunto y de Numancia.

La extraccion de objetos de los que contenian aquellos ricos galeones viene verificándose hace algun tiempo; y áun cuando hasta hoy no se haya hecho de efectos de gran utilidad é importancia, los extraidos demuestran que la compañía que tiene tomado á su cargo el dar cima á tan interesante asunto, con la ayuda de inteligentes directores é ingenieros verá dignamente recompensados sus esfuerzos para terminar con éxito brillante una empresa que, á no dudarlo, es de las que son debidas á los crecientes adelantos de la industria.

Cada objeto de los que he visto presenta distintos y semejantes caractéres. Semejantes, porque todos ellos despiden un olor ácre y salitroso, propio de la permanencia bajo la accion de las aguas marinas que en tan largo período han tenido. Distintos, por las diferencias que á la vista se advierte entre unos y otros.

Enumeremos algunos de ellos. Trozos de varias maderas he visto, que una vez despojados de los mariscos, arenas, piedrecillas y otros objetos contenidos en las sinuosidades inmensas del piélago profundo y que les estaban adheridos, presentan un aspecto perfectamente natural.

Los ciento sesenta y ocho años que han permanecido sufriendo el permanente contacto del agua, no han bastado á desproveer á la madera de su primitivo estado.

Trae mi amigo guyac, caoba, pino y campeche, y tan sólo este último ha perdido en el trascurso de más de siglo y medio un dos y medio por ciento de su natural materia colorante, segun así resulta del procedimiento químico practicado con aquel vegetal por los ingenieros de la Compañía. Las otras maderas se hallan en su estado primordial, sin que de los ensayos verificados aparezca detrimento alguno en lo relativo á su peso, densidad ni fortaleza.

Un trozo de cuerda ó cable del diámetro de una bujía esteárica es de los objetos más curiosos. Petrificado completamente por la accion del salitre, conserva, sin embargo, por una parte su antigua flexibilidad, al paso que por el otro extremo, que no ha sido despojado de la capa de materias marinas que la cubrian, se halla tan endurecido, que al choque de un metal suena como si fuera otro mineral semejante. La petrificacion por ese lado es completa, y por el opuesto presenta la parte filamentosa natural en la cordelería, hasta el punto de poderse contar (con alguna paciencia) el número de filamentos que entraron en la confeccion de dicho trozo de cuerda. En toda la extension del mismo trozo que se halla limpio se advierten distinta y palpablemente las ondulaciones que forma el retorcido de toda cordelería. El color, como el de otros objetos que citaré ahora, es el que se observa en los cañones que se ven enclavados en varios parajes, y que han sufrido el contacto de la lluvia y de la humedad.

Hay tambien dos balas, y por ofrecer la diferencia de ser una bastante más pesada que la otra, á pesar de tener igual tamaño y circunferencia, se cree que una puede ser granada. Induce además á creerlo una pequeña cavidad circular que denota podia ser el hueco de la granada que diera salida á la espoleta, que es creible se quebrase por cualquier accidente superior á la fuerza y potencia de su hierro componente.

Un trozo de corteza de cañon de los que se han extraido y del mismo color ántes citado, procede de la capa formada sobre el hierro de los cañones, que aparecen en muchos puntos grieteados, tanto que basta tocar con el dedo para levantar las capas de óxido que cubren dichos destructores objetos.

Metralla dispuesta á propósito para cortar la arboladura de los buques á modo de dos medias balas unidas por un alambre de cobre y semejante á las usadas en la caza de montería, conserva tambien el estado natural del hierro.

Lastre del que se colocaba en el fino de los buques y que se ha sacado adherido á la madera de uno de los galeones, y algun otro objeto, he visto de ménos importancia, y que no cito para no alargar esta descripcion más de lo conveniente. Pero ántes de terminarla mencionaré otro objeto muy curioso. Es el varillaje de un abanico de marfil del tamaño del que usan las niñas de nueve ó diez años, y limpio ya de las materias que le cubrian, permite observar en él las delicadas labores grabadas en el marfil, distinguiéndose perfectamente las flores y dibujos del grabado en hueco como si hubiese salido no hace mucho de manos del asiático artista que en tal labor se hubiere ocupado. Conserva además su clavillo sujetando el varillaje, y éste cede á la presion de la mano abriéndose y cerrándose á merced de la fuerza impulsora, como podia hacerlo ante la accion de la persona que lo hubiese usado ántes de su inmersion en la mansion de Vénus. Su color entre carmin y violado es debido á la cochinilla, que en diferentes damajuanas importaban á nuestra península los consabidos galeones.

Algunos otros objetos se han extraido: cañones, balas en gran número, bastantes abanicos, y que se han repartido como obsequio á diferentes personas notables, dos galápagos de plata y el baston del mariscal que mandaba las fuerzas navales cuando el lamentable desastre de que fué testigo la bahía de San Simon, representada en uno de los grabados que publicó La Ilustracion Española y Americana en el mes de Julio último; y es de esperar que la perseverancia en los trabajos de exploracion y extraccion que se practican, el celo de los agentes de la Compañía y la inteligencia en la direccion de aquellos, producirán á la empresa un fruto provechoso y un timbre de gloria á la industria moderna.

Daré fin á estas líneas repitiendo las gracias al señor Moreno, por haberme proporcionado el placer de examinar dichos objetos ántes de entregarlos al digno funcionario del ministerio de Hacienda, á cuya inteligente gestion se halla encomendado el importante ramo de aduanas, por pertenecer al cual ha tenido mi amigo en este asunto la participacion propia de su cargo oficial.

E. de Cortázar.

ÁNGELA ORTOLANI.

Uno de los primeros dias de Octubre de 1855, llenaba el régio teatro de la plaza de Oriente numeroso concurso, atraido por dos sucesos que tienen siempre iman para los aficionados á la música: el principio de la temporada lírica, y el *debut* de un artista.

Desde los primeros acordes de la introduccion de la ópera reinó en la espaciosa sala religioso silencio, siendo escuchadas con la avidez con que bebe el sediento, las dulcísimas frases de *Sonámbula*.

Alzaron el telon, cantaron los coristas el primer coro, y una partiquina, cuyo nombre ni recuerdo, ni hace al caso, la linda cavatina de Elisa, y presentóse en la temida escena una jóven, casi una niña, tímida y modesta, que apenas contaria diez y ocho abriles, á interpretar una de las más bellas y la más simpática creacion de elegiaco Bellini.

Los aficionados sabian que dias despues iban á oir artistas precedidos de envidiable fama, á Rosina Penco y á Fraschini; de Ángela Ortolani, que estaban viendo en la escena, nada sabian; podian, pues, juzgarla sin esa secreta presion que ejerce el anticipado juicio de otros públicos, acaso tanto, nunca más autorizados y competentes que el madrileño.

Ángela Ortolani empezaba su carrera artística. Tres ó cuatro años ántes salia por primera vez á la escena en Bérgamo, su patria, cantando con Fraschini *La Parisina*, debida al inagotable genio de otro hijo de Bérgamo, Donizzetti.

Hasta el mismo escenario acompañó entónces á la jóven artista quien más podia animarla en el albor de carrera tan llena de lauros y amarguras. *Va*, le dijo Rubini, en el momento de presentarse al público, *va che hai un tesoro nella gola;* y Rubini no podia equivocarse.

De Bérgamo fué á Milan, buscando y obteniendo la sancion de su indisputable talento en un coliseo, cuyo voto fué, si no es hoy dia, decisivo para el apetecido ascenso á artista *de primo cartello*.

ÁNGELA ORTOLANI.

El tercer teatro en que se presentaba la Ortolani era el de Madrid; y desde la primera noche, desde la primera ária de *Sonámbula*, los aplausos del público entusiasmado la demostraron que su vida de artista no quedaria circunscrita á los límites de esa tierra clásica de las artes que se llama Italia.

La Sonámbula que ideó Bellini, la niña cándida mecida por el amor de su madre y de su prometido esposo, ignorante de las infinitas desdichas del mundo, estaba entónces encarnada en Ángela Ortolani. Su juventud, su inocente viveza, el simpático timbre de su voz, la correccion de su estilo, el nunca bien alabado respeto á lo que escribió el maestro, una afinacion intachable y hasta el efecto de temblar el sonido, acaso porque la voz no estaba aún formada, contribuian á crear en el público la ilusion de ver y oir en cuerpo y alma el tipo forjado en la poética fantasía de Romani y animado con las apasionadas melodías de Bellini.

Ruda fué entónces la campaña artística para la Ortolani. Rosina Penco estaba en todo el esplendor de sus admirables facultades, y los ruidosos triunfos alcanzados en *Norma* y *Lucrecia Borgia* no se podian obtener fácilmente. Ángela Ortolani logró para sí iguales demostraciones de entusiasmo, y las pocas, pero inolvidables representaciones de *Roberto il Diávolo*, probaron que los aplausos, las coronas y las flores, lo mismo se prodigaban á la vehemente *Alice*, que á la enamorada princesa *Isabel*.

El teatro Real puede decirse que abrió

SITIO DE PARÍS — SUSCRICION NACIONAL PARA LA FABRICACION DE CAÑONES.

SAN FRANCISCO DE ASÍS (CUADRO PRESENTADO EN LA ÚLTIMA EXPOSICION DE LÓNDRES).

á la Ortolani las puertas de Europa. Lóndres, donde cantó despues; Barcelona, donde además de cantar, unió su suerte á la de Tiberini; Paris y las más populosas ciudades de Italia, Nápoles, Florencia y Roma, consagraron su fama, siendo *Matilde di Shabran*, *La Sonámbula*, *El Barbero de Sevilla*, *Los Puritanos*, *Lucia* y *Rigoletto*, sus mejores creaciones.

Pocos dias despues de la revolucion de Setiembre apareció de nuevo en la escena de nuestro teatro de la Ópera, haciendo oir por primera vez á los aficionados, que, por falta de edad, no figuraron en la revolucion del año de 1820, la ópera de Rossini *Matilde di Shabran*. Á sus admiradores del año 55 uniéronse entónces los que no habian tenido la dicha de escuchar á la eminente artista, y *Matilde di Shabran*, interpretada con rara perfeccion por la Ortolani, Tiberini y Everardi, hubiera sido para la empresa ópera de honra y provecho si el himno de Riego (que por razones particulares llamaban los músicos *himno del hambre*) no distrajese tanto en aquellos momentos á los españoles.

Hoy no es Ángela Ortolani la niña de 1855; y los años pasados desde entónces, ni son bastantes para causar disgusto á la mujer, ni pocos para completar el talento y las facultades de la artista. Uno y otras aparecen en su apogeo. Su voz ha crecido en volúmen, sin perder el argentino timbre; en su garganta todas las dificultades de ejecucion desaparecen; frasea con la pureza y elegancia de los artistas educados para cantar la música rossiniana, y pronuncia admirablemente ese idioma de ángeles que aprendió desde la cuna.

Con las dotes que la Ortolani debe á la naturaleza y al estudio, no tiene rival en la interpretacion de algunas obras, por ejemplo, *Matilde di Shabran*. El carácter franco y amable de la artista ajusta tan bien al del personaje que representa, que sorprende la graciosa intencion con que dice las frases, tanto como la maestría en las ejecuciones difíciles, obstáculos que no se advierten por la facilidad con que los vence.

Despues de *Matilde*, es sin duda la Rosina de *El Barbero de Sevilla* el personaje que mejor interpreta de cuantos ha cantado en nuestro teatro de la Ópera. ¡Lástima que en él quiera brillar á veces, alterando lo que dejó escrito Rossini, para que nadie lo enmendase!

En los caractéres apasionados de *Lucía* y *Elvira*, la Ortolani no está á la altura de *Matilde* y *Rosina*. La flexibilidad de su talento se presta mejor á la pintura de los tipos cómicos que á la de los dramáticos, y si en todos ellos canta con igual maestria, falta en los últimos esos destellos de genio, esos arranques de sentimiento que han inmortalizado á la Pasta y á la Malibran, y que en determinados momentos arrancan al público un grito de admiracion y de entusiasmo.

Para cantar el final de *Norma* ó el de *Otelo*, el terceto célebre de *Roberto* ó el duo no ménos admirable de *Los Hugonotes*, se exige á los artistas de primera línea, á los que, como Ángela Ortolani, figuran con justicia en primer término, algo más que estilo puro, voz bien timbrada y extensa, y facilidad de ejecucion; se exige acento dramático, se exigen sonidos que, salidos más del corazon que de la garganta, conmuevan el alma de los que los escuchan, absortos por el palpitante interés de la escena.

Tan esencial es esto, que Garcia, el tenor famoso, amenazaba á su hija la Malibran con clavarle el puñal de veras si en el duo final de *Otelo* no encontraba los acentos enérgicos de la pasion.

Ni *Desdémona*, ni *Norma*, ni *Alice*, ni *Valentina*, ha interpretado en Madrid la Ortolani; pero momentos hay en el segundo acto de *Lucia* y en el tercero de *Los Puritanos*, en que una artista de sus dotes puede arrebatar de entusiasmo al auditorio. Si la Ortolani quiere, conseguirlo sabrá, y la patria del Tasso, de Donizzetti y de Rubini verá escrito algun dia con orgullo al lado de los nombres de intérpretes famosos de la música moderna, al lado de los nombres de María Malibran, Lablache, Adolfo Nourrit, Judit Pasta, Duprez Jorge Ronconi, Mario y Enriqueta Sontag, el nombre de Angela Ortolani.

L. N.

LA CABEZA DEL CONDE DE URGEL.

LEYENDA

TRADUCIDA DE LA QUE EN VERSO CATALAN COMPUSO EL AUTOR, Y FUÉ PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN BARCELONA EL AÑO 1861.

INVOCACION.

Oid ahora los acentos del bardo errante... Yo soy el trovador de las montañas.

¡Armengoles los de Urgel, guerrera prole de príncipes batalladores, abandonad las tumbas á las cuales os bajaron amortajados en vuestras armaduras desde el campo de batalla! ¡Raza de ilustres muertos, la patria te llama para que vengas á oir al trovador que te canta! ¿Qué ha sido de tí, raza de héroes montañeses, casa condal en cuyos lares anidaba la gloria? ¿Dó están tus *Unguelas* (1), las que en medio de las mortíferas luchas fueron siempre señales de victoria? ¿Dónde tus armas, las que paseaste un dia triunfantes de campo en campo y de reino en reino? ¿Dónde hallar al ménos las sepulturas de los que llenaron con la fama de su nombre los ámbitos de su patria? ¿A dónde fueron á parar esos condales señores, de cotas enmalladas, que al ver que su patria tenia ya suficientes laureles, partieron á enriquecer generosamente con su gloria la tierra de Castilla (2)? ¡Salud, héroes! Naciones hay que no tienen historia más grande ni más espléndida que la vuestra. Dejad que con patrióticos y guerreros cantos vaya á despertar los ecos que há nueve siglos guarda dormidos la sierra pirenáica (3). Dejadme á mí cantar vuestros gloriosos hechos, que no soy ya el cantor de la hermosura; soy el trovador de las montañas.

Yo soy el bardo errante que, desnuda la cabeza, corriendo á la ventura por selvas y por bosques, entrego mi ardorosa frente á los vientos del monte, que arrancan plañideros gemidos á mi arpa, al propio tiempo que juegan con mi negra cabellera. Mis cantos recuerdan hechos olvidados, mis *lays* evocan glorias perdidas: ¡me siento cabe la huesa de los cadáveres, respiro el polvo de las ruinas, vivo entre los que fueron, hablo á los muertos! Cuando con más furia por entre pinos salvajes muge el viento como si fuese una manada de fieras hambrientas vagando por el bosque; cuando más espantosos se precipitan y despeñan los rugidores torrentes de la montaña con sus hirvientes y encrespadas olas; cuando con más rapidez cruza la serpenteadora luz del rayo que azota las nubes, y cuando con más estrépito va rodando de abismo en abismo el trueno que hace estremecer las sierras, mejor y con más placer al son de sus ásperas armonías canto mis himnos y pulso el arpa, y mejor y con más placer doy á besar mi frente á los vientos de la montaña;—que cuando hierve en el corazon el fuego del alma, le es dulce á la frente el hálito de la tormenta.

Dejadme vagar errante por entre selvas, mientras sean selvas de mi patria; dejadme reclinar la frente bajo el árbol mismo que ofreciera un dia sombra á mis mayores; dejadme que me acerque con pasos trémulos al santuario perdido entre las breñas, y dejadme saludar aquella hermosa puerta bizantina, sombreada aún por encinas centenarias. Tambien un dia la saludaron mis mayores cuando, lleno de fé cristiana el corazon, iban á pedir á la Virgen del Yermo la salud y la libertad de su patria, de hinojos sobre las losas del templo, clavada en tierra la punta del acero, y cruzadas las manos sobre el pomo de la espada. ¡Oh! ¡Es que yo amo á la patria! La amo con esa fé que abrigan los corazones que esperan y los corazones que creen. La amo de amor. ¡La venero! Lleno está de ella mi corazon, que vive de ella como vive el árbol de la tierra que le nutre, como vive un alma de virgen enamorada del amor ardiente que en ella se anida. ¡Salud á los que nos legaron esta patria regada con su sangre! ¡A los valientes que fueron de picacho en picacho trasmitiendo su gloria, llevando siempre altas sus cristianas señeras! ¡Salud á los primeros hombres de la *tierra* (1)! ¡Dejad para mí vuestras tumbas, héroes! ¡Que crucen por delante de mis ojos vuestras sombras gloriosas, oh nobles ascendientes mios! ¡Alzaos ante mí, cubiertos con la flotante mortaja que teñisteis de sangre viva cuando pasásteis desde el campo de batalla al sepulcro! ¡Venid á mí, sombras! ¡Alzaos, héroes! Vuestros hechos cantaré y vuestras glorias, que ya no soy el cantor de las hermosas; soy el trovador de las montañas.

I.

Ya el alerta vigía ha señalado con el toque de su bocina la hora del alba (2). Despunta la dulce luz virginal de la mañana, y no tarda el primer rayo de sol en vestir de púrpura los campos, saludado por la golondrina que alegre cruza por los aires.

Sobre la cima de una roca, parado como un águila en descanso y teniendo abismos por fosos, se levanta el castillo de Piltzan, morada señorial de los condes de Urgel.

El sol que nace resplandeciente, al trasmontar las sierras, lo abraza todo á la vez de un solo beso, dorando al propio tiempo sus muros y paredes, y al penetrar sus juguetones rayos en el interior del alcázar, encuentran á la condesa llorando silenciosamente en su cámara.

¿Por qué llora Adaleta (3)? ¿Por qué gime y suspira? ¿Por qué esas mudas lágrimas que como hileras de perlas se deslizan por sus mejillas? ¿Qué le sucede á la condesa? ¿Por qué solloza? ¿Por qué tanto dolor y amargura en el momento de la mañana en que todo es alegría y júbilo?

Cuando canta la golondrina al cruzar rápida por bajo la azulada bóveda; cuando canta la hebra de yerba al ser azotada por el aire; cuando cantan los árboles al balancear sus ramas, y los pájaros en sus nidos y las flores en sus praderas, y cuando hasta la santa campana, desde lo alto de su campanario, como un tierno corazon que late de amor palpitando de júbilo, canta al dia que comienza y saluda al sol que nace, ¿cómo es posible que Adaleta, el ángel del castillo condal, tenga lágrimas en sus ojos y penas en su corazon?

Es que la condesa llora, sin que le sea posible contenerse, porque hace ya muchos dias que partió su esposo, y ninguna nueva tiene del buen conde, que se fué á guerrear con los árabes; es que la condesa llora porque un funesto presentimiento oprime su corazon, y dicen que presentimientos del corazon son voces que bajan de lo Alto.

De pronto enjuga sus ojos, sus ojos cansados ya de tanto llorar, pues no quiere que su hijo, que acaba de penetrar en la cámara, encuentre nunca amargo en su frente el beso maternal.

Ya el jóven Armengol de Urgel se halla delante de su madre.

—¡Madre mia, madre mia! hoy hay fiesta en el valle.

—Tambien hoy, hijo mio, la lechuza ha estado cantando toda la noche.

—Madre mia, hoy es la fiesta de San Juan. ¿No habeis visto lucir esta noche las fogatas en lo alto de la sierra?

—Los fuegos que he visto brillar, me parecian antorchas funerarias.

—Madre mia, hoy hay fiesta en el valle, y me voy alegremente á tomar parte en los juegos.

—Tu padre, mientras tanto, se halla en la guerra contra los árabes.

—De ella volverá triunfante, madre mia.

—¡Que Dios lo quiera, hijo mio!

—Nunca han triunfado los árabes cuando ante ellos han visto el pendon de los condes de Urgel. Tambien iré yo á la guerra cuando mi padre el conde regrese.

---

(1) Pendon ó señera.

(2) Alusion á los tres condes Armengol de Urgel, llamados *el de Moyeruca* ó *de Valladolid*, *el de Castilla* y *el de Valencia*, que abandonaron Cataluña para ir á servir al rey de Castilla.

(3) Antes de conquistar la llanura tuvieron los condes de Urgel por morada el castillo de Piltzan en los Pirineos.

(1) *Tierra* se toma por patria en lengua catalana.

(2) En los antiguos castillos habia un vigilante apostado en lo alto de la torre del homenaje, el cual con los toques de su bocina señalaba las horas del dia, del mediodía y del crepúsculo.

(3) Adaleta fué la tercera esposa del conde Armengol *el de Barbastro*, quien tuvo de ella al que despues fué conde de Urgel con el nombre de Armengol *el de Gerp*.

—Eres áun muy niño para ello, hijo mio, pues apenas tienes trece años.

—Madre, no es por los años por lo que crecen los condes de Urgel. Yo sé blandir una lanza y gobernar un caballo; sé empuñar una espada y tengo odio al árabe. Madre, los que como yo llevan un nombre, que es costoso de llevar, tienen en sobra de corazon lo que puede faltarles en años.

—No hablemos de cosas de guerra, que tengo destrozada el alma. Vé á la fiesta, hijo mio, baja en buen hora al valle.

Apartado se há de su madre el jóven Armengol de Urgel, y así que se halla en el patio pide su caballo blanco. Un paje le sujeta la brida; otro le sostiene el estribo.

—Así Dios te guarde de mal, buen paje, como me digas qué significa el toque de esa campana que allá abajo en el valle echan á vuelo, y qué indica esa bocina que se oye sonar allá arriba en el monte.

Así contesta el paje. Ya le oireis hablar.

—Es la campana de la parroquia, que convida á la fiesta é invita á la danza. Es la bocina de los montañeses, que llama y convoca á los *compañeros de la sierra*.

II.

¡Qué rápidamente has pasado, hermosa noche de San Juan! Tú eres la noche de los amores y de las consejas, la noche de la verbena y de las danzas y fuegos. Durante la noche buscan ventura las doncellas, y mientras unas deshojan una violeta salvaje para saber si han de casar con el doncel á quien aman, otras bañan su cabellera en el agua corriente del rio á la hora de media noche, que es la hora de los fantasmas. Durante la noche brillan hogueras en las sierras, espléndidas iluminaciones que se extienden por sus picos, como si fuesen estrellitas de fuego que tachonasen los montes. Durante tu noche, las hadas van divagando por entre las nieblas, abandonando las cámaras de perlas que tienen en sus palacios de plata, para ir á redimir los cautivos del moro y libertar á las doncellas encantadas. ¡Qué prestamente pasaste, noche hermosa de San Juan!

Mañanica es de San Juan, y todo es bulla y algazara. Los mancebos del pueblo se arremolinan en la plaza para contemplar á las doncellas, que están sentadas bajo un dosel de ramaje entretenidas en ir casando flores para tejer guirnaldas. Errantes discurren por los aires tiernos suspiros que se escapan del corazon, incienso de almas enamoradas; mozos y mozas se arrojan tiernas y amorosas miradas, que van diciendo *¡te amo!* y en tanto que mozas y mozos se hablan con los ojos y con el alma, murmuran himnos de amor los árboles balanceando sus ramajes, entonan cantos de amores los pajaritos que cortan el aire, y el sol abrasa á la tierra con besos de fuego de amor.

—Doncellitas de Piltzan, las de las tiernas miradas, las del pañuelo de seda, las del faldellin de grana, ménos grana por cierto que las rosas hechizadoras de vuestras mejillas, ¿á dónde ibais tan de mañana por las praderas, ántes de salir el sol y sin miedo á la humedad del rocio?

—Íbamos á coger flores para tejer guirnaldas.

—¿Y para quién esas flores, para quién esas guirnaldas, doncellitas de Piltzan, las del faldellin de grana? ¿Son quizá para esos vuestros galanes que invaden la plaza?

—No son, no, para los galanes cautivos de nuestros ojos, que son para el San Juanito de las pieles blancas, aquel que tenemos en la enrejada capilla de la iglesia con un cíngulo de oro en la frente, una cruz de plata en la mano y un blanco corderito acurrucado á sus piés. Para él sólo son las guirnaldas, mañanica de San Juan; sólo para él las flores, y sólo para él las enramadas.

—Mañanica es de San Juan, y todo es bulla y regocijo. ¡Que Dios os dé un hermoso dia, doncellitas las del faldellin de grana, ménos grana que las rosas que asoman en vuestras mejillas!

Un trovador, á quien parece que Dios envia para dar animacion á la fiesta, un trovador fatigado entra repentinamente en la plaza. Nadie observa que su frente está bañada de sudor, y que pasea por todas partes su triste mirada, como si en vez de heraldo de amores fuese mensajero de desdichas. Nadie repara en ello, pues fijándose sólo en el arpa que cuelga de su hombro, le rodean doncellas y galanes regocijándose de su arribo.

—Todo es algazara y bulla, mañanica de San Juan. Trovador, buen trovador, el del arpa plateada, así Dios le dé ventura á la dama de tus pensamientos y un lecho de flores para sus siestas con apacible sombra para su frente, como nos cantes una dulce balada de amores.

Y al comenzar el trovador á puntear el arpa, hé aquí que entra en la plaza, jinete en su caballo blanco, el jóven Armengol de Urjel.

III.

EL TROVADOR RECITANDO.

Si tristes son mis acentos y áun más triste mi cántiga, es porque mi corazon está hoy llorando. Perdonad al trovador; perdonadle, bellas jóvenes las de mirada de fuego; perdonadle si llega sólo para convertir en galas de luto las de vuestra fiesta, que amargas lágrimas de sangre fluyen hoy de mi corazon, y triste, muy triste va á ser la cancion del trovador.

CANTANDO.

¡Oh! ¡mal haya el rey moro, el rey moro de Aragon! Hánle llevado fatales nuevas sus corredores *algazaws* (1), y son las de que ante los muros de Barbastro tremola el pendon de los cristianos, quienes amenazan entrar en la ciudad á sangre y fuego. Al saberlo el rey moro, manda reunir sus escuadrones, y ántes de ponerse en marcha con ellos al reir del alba, así le dice á su *wasir* (2), que respetuosamente le escucha:

—*Wasir* mio, dad órden de que me labren una caja que sea de oro puro, para guardar en ella la cabeza de un noble señor.

RECITANDO.

Todavía se sostiene Barbastro, esperando el auxilio del rey moro; pero ya en el castillo tremola la bandera cristiana. Todos han hecho prodigios de valor en aquellos combates; pero han superado á todos las mesnadas cuyo jefe es el conde de Urgel.

Componen estas mesnadas los *compañeros de la sierra*, valerosos montañeses con su trompa de guerra, vestidos con pieles de animales feroces. Sus manos empuñan el hacha que corta los robles más corpulentos, y no llevan más armadura que la de sus pechos desnudos.

Son los montañeses de Urgel. Su tienda de campaña es el cielo, su aliento de vida el polvo de los combates, su mejor dia de fiesta un dia de batalla, y su grito de guerra *¡A carne! ¡á carne!* (3).

CANTANDO.

¡Oh! ¡mal haya el rey moro, el rey moro de Aragon! Llegado há ya á la vista de Barbastro con toda su hueste para socorrer á los muslimes que se han hecho fuertes en la ciudad. Envía á llamar al *alkaid* (4) de Gerp, que es jefe de un escuadron de vanguardia, y así le dice:

—Quiero la cabeza de un jefe de esa turba de cristianos, la del más noble, del más valeroso, del más fuerte.

El *alkaid* se retira murmurando:

—La del conde de Urgel entónces.

El rey moro ha mandado labrar una caja de oro puro para guardar en ella la cabeza de un noble señor.

¡Oh! ¡mal haya el rey moro, el rey moro de Aragon! La fiera muerte se pasea por las filas de los combatientes. La ciudad no puede resistir por más tiempo. —«¡Adentro, que todo es nuestro!» grita el conde Armengol á tiempo que iba á clavarse en su corazon una aguda saeta. Lo ve el *alkaid* de Gerp, que huia con su hueste, y se detiene á cortarle la cabeza, abandonando su cuerpo sangriento y mutilado.

En la caja que ha mandado labrar el rey moro, que es una caja de oro puro, se guarda la cabeza del conde, del conde Armengol.

RECITANDO.

Fieles, nuestra es ya Barbastro. ¡Tremolen los estandartes! ¡Sonad, trompetas guerreras! ¡Alzad los pendones, alzadlos! ¡Buena gloria para el que lucha! ¡Buena muerte para el que combate y que, al caer, tiene por mortaja el polvo de la batalla!

Pero ¡ay! ¿por qué no se alzan con alegría las banderas? ¿Por qué las trompetas guerreras dejan oir tan sólo fúnebres toques? Ganada ha sido la batalla y brillante es la gloria de los vencedores; pero al pié de los muros yace el descabezado cuerpo del conde Armengol.

Ya los montañeses se agitan como fieras y blanden su ensangrentada cortante hacha.—¡Venganza por el conde! ¡Venganza! gritan, y ¡á carne, á carne, á carne los moros!

IV.

Estremeciéndose de horror ha oido el pueblo al trovador, y al terminar la voz de éste, ántes de espirar en el aire, va á despertar como un eco otra voz perdida, que así le responde:

—¡Trovador, el trovador, condenada nueva has traido! Yo soy el hijo de Almengol. ¡A carne, á carne los árabes!

Y clavando el doncel sus espuelas en el caballo, sale disparado de la plaza, cruza como un rayo el valle, como un rayo tambien sube la cuesta á todo escape. Centellean sus miradas arrojando fuego del corazon, y centellean las piedras bajo los cascos de su caballo. Así llega al castillo y penetra en él, gritando:

—«¡Al arma, al arma, vasallos mios! ¡A carne, á carne los árabes!»

Al oir estas voces, la condesa se presenta ante su hijo perdida la mirada, trémulo el paso.

—«¡Qué quiere decir esto, hijo mio! Hijo, ¿por qué tan airado te muestras?»

—«¡La lechuza ha estado cantando hoy toda la noche, madre mia!»

Al oir esto la condesa, arranca un grito del corazon.

—«¡El conde ha muerto!... ¡Dios me valga!»

Y hundiendo su frente entre las manos, inmóvil queda y muda como una estátua sepulcral.

—«No lloreis, nó, madre mia, que el niño es ya hombre. Quedaos en paz, madre, mientras yo voy á la guerra. Para salud de mi padre en el cielo, vos podeis rogar, madre; para su venganza en la tierra, yo haré guerra á los árabes, y les haré una guerra terrible, sin sosiego, á todo trance, guerra de muerte y de exterminio, de fuego y de sangre. De mi venganza hablarán las historias algun dia; y si á mi padre llaman *el de Barbastro*, *el de Gerp* me llamarán á mí.» (1).

Y volviéndose á los hombres de armas que rodeaban su caballo, así les hablaba con voz oscura, rugiendo mejor que hablando:

—Saldremos de Piltzan á la hora del toque del ladron (2). Cuando vuelva á nacer el sol, sus rayos han de hallarnos ya ante los muros de Gerp, alzadas en sendas astas mis banderas señoriales. *¡Via sus*, mis hombres de armas! ¡A muerte, á muerte los árabes! *¡Via sus*, compañeros de la sierra! *¡Via sus*, la cortante hacha! El rey moro de Aragon tiene la cabeza de mi padre... Yo empedraré con cabezas de moros el establo de mis caballos. (3).

Y es fama que el grito de guerra: «*¡Via sus!* ¡A muerte los árabes!» fué llevado por ecos, saltando de sierra en sierra, hasta el valle donde estaban acampados los sarracenos.

---

(1) Eran los *algazaws* los batidores ó espías de los árabes.
(2) *Wasir*: el primer ministro del rey moro y gobernador de la ciudad.
(3) El grito de guerra de los montañeses era en catalan: *¡á carn! ¡á carn!* (¡á carne! ¡á carne!), es decir: vamos á hacer carne, á destrozar cuerpos humanos.
(4) *Alkaid*: gobernador de ciudad ó fortaleza de la frontera.

(1) Estos renombres les ha conservado en efecto la historia.
(2) Era la hora de las diez de la noche, cuando la campana hacia señal á las casas aisladas de estar en vigilancia, por ser el momento que los malhechores y ladrones escogian para comenzar sus robos.
(3) En el castillo de Piltzan hubo, segun tradicion, una parte del establo empedrado con huesos y calaveras de moros.

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE

CAZA DEL CABALLO SALVAJE.

Aquella misma tarde el trovador, que por la mañana habia hecho oir su canto en la plaza, preguntaba á una doncella:

—«Decidme, niña de ojos de cielo, ¿qué significa esa campana que siento tocar aqui abajo, y qué señala esa bocina que siento sonar allá arriba?»

Así contestó la doncella: ya la oireis hablar.

—«Es la campana de la parroquia, que con toques de guerra hace estremecer el valle; es la trompa de los montañeses, que llama á la guerra y á la matanza.

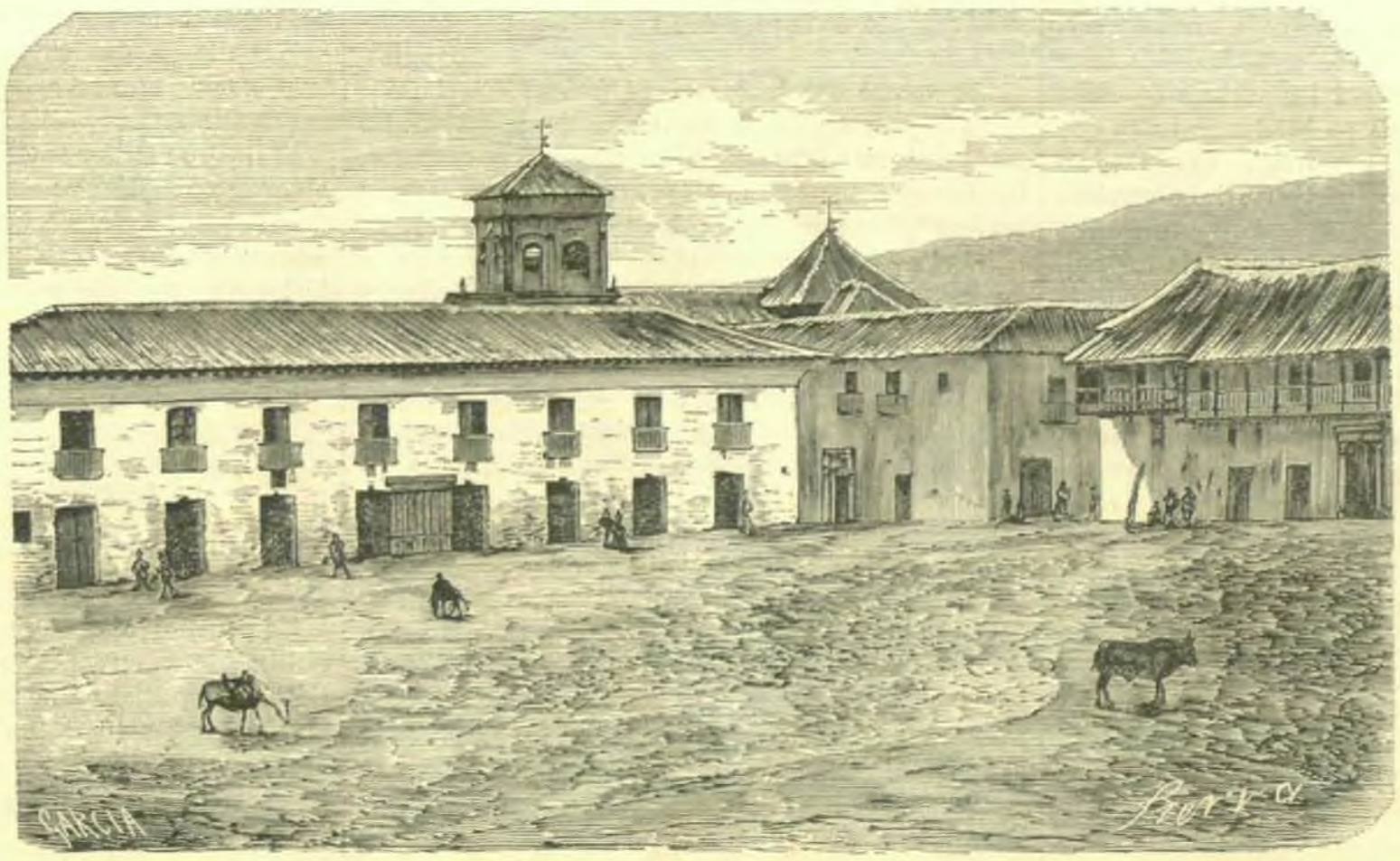
INVOCACION.

Armengol el de Gerp, llenas de tus hazañas corrieron un dia las leyendas. De las orillas del Sió y del Segre arrojaste las muslímicas lunas, y en Linyola, en Guisona, en Sanahuja, en las almenas de Gerp y en las murallas de Balaguer la mora, clavaste tu pendon y dejaste inscrito tu nombre para memoria eterna.

Armengol el de Gerp, glorioso linaje de águilas montañesas dejaste tú. Siempre siguieron tu ejemplo los tuyos. Siempre á punto, en cualquiera ocasion, á todas horas, el grito de guerra hallaba á los Armengoles con el pié en el estribo, la mano en la espada, y los ojos fijos en la frontera de los sarracenos. Por ti poseyeron los tuyos á Balaguer, que ufana tremoló en sus torres, señora del valle y de las sierras, la bandera condal, bandera santa, que fué mecida por brisas de victoria hasta el dia—¡dia de muerte y de carnicería!—en que los celos de un rey la destrozaron porque daba sombra á su hurtado trono. (1).

Armengol el de Gerp, si las plañideras brisas de la noche llevan un eco que llega incierto á tu ignorada tumba, descansa en paz. Es que sobre las ruinas de tu castillo, al rumor de la tempestad, desnuda mi frente, yo canto tus hechos y los de tus compañeros de la sierra, entregando sus himnos á los ecos; que yo soy el trovador de las montañas.

VÍCTOR BALAGUER.



AMÉRICA.—VISTA DE LA PLAZA DE TUNJA.

SITIO DE PARIS.—AMBULANCIA INGLESA, EN SAINT-GERMAIN.

AMÉRICA.—IGLESIA LEVANTADA POR LOS ESPAÑOLES EN TUNJA.

S. FRANCISCO DE ASÍS.

La hermosa lámina de la pág. 457, es una copia exacta del magnífico cuadro, de autor anónimo, que ha sido presentado en la última

(1) Fernando de Antequera. Balaguer fué el postrer baluarte del último conde de Urgel, Jaime *el desdichado*, en su lucha con Fernando *el de Antequera*.

real exposicion de pinturas celebrada en Lóndres.

Sabido es que el santo fundador de la órden franciscana pretendió reconciliar á los vecinos de cierta poblacion de Italia, dividida en bandos opuestos que se hacian cruda guerra, y cuya rivalidad exagerada y ardiente daba por resultado tristísimo innumerables desgracias.

El siervo de Dios, animado del espíritu de caridad, se presentó inopinadamente en la plaza del pueblo aludido, y empezó á predicar á las gentes que desde luego le rodearon, encareciendo la concordia y el amor.

Exasperados los oyentes, que no estaban entónces por olvidar rencillas ni por recoger amenazas, denostaron al santo predicador, casi lo apedrearon, y obligáronlo á abandonar el pueblo más que de prisa.

Salió, en efecto, el caritativo misionero de la ciudad, seguido por una turba de desalmados; pero al llegar á cierto punto del camino de Roma, que era el que habia emprendido el evangélico varon, párase de repente, y exclama:

—¡Desgraciados! vosotros no me oís, y yo os prometo, en nombre de Dios, que hasta las aves del cielo escucharán mis palabras, y os darán ejemplos de concordia.

Y conjurando á las aves á que acudiesen á oir la palabra divina, vióse en breve rodeado de una multitud de volátiles de todas clases, desde el risueño jilguero hasta el sombrío buho, desde la ligera cigüeña hasta el pesado pato, que parecian escuchar ávidamente las predicaciones del patriarca.

La leyenda añade que los habitantes de la ciudad rebelde, admirando avergonzados aquel prodigio, pidieron perdon al santo, le llevaron en triunfo hasta el mismo sitio en donde le habian injuriado, y olvidaron generosamente las mútuas ofensas que se habian inferido las dos parcialidades rivales.

El cuadro es bellísimo, de correcto dibujo y detalles minuciosos: creemos que agradará á nuestros apreciables suscritores.

LOS MÓVILES BRETONES.

La infausta nueva de la catástrofe de Sedan, sin ejemplo en la historia del mundo, corrió con la velocidad del rayo por todos los ámbitos de la Francia.

—*¡La patrie en danger!*—gritaron los parisienses, despues de la fatal jornada de Setiembre; y los habitantes de los departamentos, respondiendo al patriótico llamamiento de la amenazada capital y abandonando hasta mejores dias sus ocupaciones habituales, empuñaron el fusil Chassepot ó el fusil *Tabaquera*, y corrieron á alistarse en las filas de los móviles ó de la guardia nacional, mientras repetian con acento de saña y de venganza:—*¡La patria peligra!*

Los bravos normandos, los taimados gascones, los robustos paisanos de la Borgoña, los ardientes lioneses, los inquietos hijos de Marsella, se apresuraron á tomar las armas en defensa de la patria, cuya integridad é independencia peligraban, y formaron el núcleo de dos numerosos ejércitos, que debian suplir á los rendidos en Sedan y á los sitiados en las cercanías de Metz.

¿Cómo habian de faltar los bretones? ¿Por acaso los descendientes de los bravos *chouanes* no son hijos de la noble Francia?

Oyóse en los pintorescos valles de la Bretaña la voz entusiasta de M. de Cathelineau, el nieto de aquel ilustre guerrero de la Vendée, que por espacio de veinte años luchara á muerte contra los soldados de la primer república y del primer imperio, y los sencillos bretones con otra voz más entusiasta todavía:—*¡Por Dios y por la patria!*—respondieron.

Ellos, unidos á sus paisanos, los zuavos pontificios, que á la sazon volvian de Roma, crearon en breve tiempo ese admirable ejército del Loira, que recibió en Artenay el bautismo de sangre, batiéndose heróicamente contra doble número de tropas bávaras, y logrando la suerte de alcanzar la única victoria que los franceses han logrado en la actual campaña.

El grabado de la pág. 452 representa una conmovedora escena.

Los voluntarios bretones van á dejar sus plácidos hogares para encaminarse al teatro de la guerra: las madres abrazan á sus hijos, las esposas á sus esposos, las doncellas á sus prometidos, los pobres pequeñuelos se despiden quizá para siempre de sus padres.

En el rostro de unos se dibuja la esperanza; en el de otros aparecen las sombras de los presentimientos tristes; en el de todos, sin embargo, se ve retratada la resignacion.

—*¡Por Dios y por la patria!*—gritan los religiosos móviles al escuchar los tañidos de las trompetas; y dando el abrazo postrero á las personas que les son queridas, y besando con uncion cristiana el escapulario (que todos llevan) de la Vírgen de la Merced, emprenden la marcha hácia el lugar de los combates, cantando himnos religiosos ó tradicionales baladas.

El conde de Cathelineau los manda: su hijo va en las filas como simple voluntario, y su nobilísima señora, dama de la más antigua é ilustre aristocracia francesa, cuida en la ambulancia de los enfermos y heridos, ofreciendo á otras señoras, que tuvieron la abnegacion de seguirla, ejemplos de la piedad más tierna.

¡Guie el cielo á los vendeanos de 1870!

CAZA DEL CABALLO SALVAJE.

En las extensas llanuras de la América, rodeadas de vírgenes selvas y cadenas de inaccesibles montañas, suelen reunirse grandes rebaños de caballos salvajes, que son muy apreciados por los indígenas, en especial por los *gauchos* y mejicanos.

Mucho se ha discutido sobre la existencia de estos animales en estado salvaje en aquellas regiones, puesto que, segun los historiadores de la conquista de América, ni en el imperio de Motezuma, ni en el de los Incas, eran conocidos los caballos hasta que los llevaron consigo los valientes soldados de Hernan-Cortés y de Pizarro.

Pero sea de esto lo que quiera, y admitiendo con Humboldt que los caballos de las Pampas sean descendientes por línea recta de los caballos europeos, y que por circunstancias que no hace al caso han recobrado su *libertad perdida*, lo cierto es que los indígenas se dedican á la caza de estos paquidermos.

Un historiador extranjero á quien deben mucho los anales históricos de España, M. Washington Irwing, el autor de *La conquista de Granada* y de otras obras estimables, describe de este modo la caza del caballo salvaje, tal como él mismo presenció la escena en 1841, viajando por las praderas á orillas del Amazonas:

«Esta caza exige un gran número de hombres, que se colocan á cierta distancia uno de otro y forman un círculo de dos ó tres millas de circunferencia.

Y esta primera operacion se debe ejecutar con mucho silencio y grandes precauciones, porque es tan fino como el de un kalmuko el oido de los caballos salvajes, pareciendo como que aspiran el menor ruido, áun muy lejano, segun los resoplidos con que lo anuncian.

Formado el círculo, dos ó tres cazadores se lanzan sobre el descuidado rebaño de caballos salvajes, los cuales, vueltos de su primera sorpresa, huyen en direccion opuesta; pero al llegar á los límites del círculo, son rechazados por los otros cazadores, quienes les obligan á retroceder hácia el centro.

Éstos, mientras tanto, avanzan; el círculo se estrecha cada vez más, y los más diestros *gauchos*, preparados con su correspondiente *lazo*, arrojan éste contra el animal que más les agrada, y le aprisionan fácilmente.

Tal es la escena que ofrecemos en el magnífico grabado de la página 460.

Sin embargo, los caballos mejores, los más fuertes y valientes, consiguen escaparse, rompiendo el círculo de los cazadores; de manera que, por lo general, sólo quedan aprisionados en el *lazo* del *gaucho* los caballos, puede decirse, de segunda clase.»

Washington Irwing cuenta que vió coger de este modo un magnífico caballo, un asno de soberbia alzada, negro como el ébano, y una linda jaquita color de café con leche, de siete meses, de genio vivo y alborotado, que no tuvo fuerzas para seguir á sus compañeros de fuga.

El ilustre escritor americano hace, para concluir, la observacion siguiente:

«Si ciertos vecinos del barrio de Triana, ó algunos asiduos concurrentes al famoso potrero de Córdoba, hiciesen algun viaje por las riberas del Amazonas, á buen seguro que se acabaria bien pronto la raza de los caballos salvajes.»

Tiene razon M. Irwing.

RECUERDOS DE VIAJE.

AMÉRICA.—TUNJA, CAPITAL DE BOYACÁ (NUEVA-GRANADA).

En aquellos dias gloriosos para España, y para la civilizacion y verdadero progreso, en que Hernan-Cortés conquistaba á Méjico, y los Pizarros destruian el trono de los Incas, un ilustre granadino, descendiente de uno de los conquistadores del reino de Boabdil, acometió la atrevida empresa de fundar el reino de Nueva-Granada, sobre los escombros del famoso imperio de los *Chibehas*.

Llamábase este hombre insigne don Gonzalo Jimenez de Quesada, tan sabio legista como valiente soldado, y á la cabeza de un puñado de castellanos y andaluces, entróse por el *zacazgo* de Hunza, en la Sabana de Bogotá, y clavó la Cruz de Jesucristo y el estandarte de Castilla en la capital del imperio de los Chibehas.

La ciudad de Hunza habia sido destruida, y el conquistador comisionó á su grande amigo y compañero, Gonzalo Suarez de Rondon, para que fundase una ciudad española sobre las ruinas de la antigua.

Cumplido quedó este encargo en 1539, y no pocos hidalgos españoles hicieron levantar sus casas en la nueva Tunja, que ofreció desde entónces el aspecto (que áun conserva) de una populosa villa de Castilla la Vieja, enclavada en las apartadas regiones de la América.

En la pág. 461 presentamos dos vistas, una de la plaza de Suarez de Rondon, y otra de la iglesia parroquial de Tunja.

Tunja está situada á 2.732 metros sobre el nivel de mar, y su temperatura constante es de 10 á 13 grados de Reaumur.

Su época de prosperidad fué en su primer siglo: de ahí para adelante se ha mantenido estacionaria, á consecuencia de su posicion, muy apartada de los puertos interiores que vivifican á Bogotá y el Estado de Santander, sus dos vecinos. Su poblacion ha disminuido por esta causa: en el recinto que ocupa, podria caber el triple de lo que hoy tiene.

Es capital del Estado de Boyacá, llamado así por el vecino campo en que se dió la última batalla de la Independencia, el 7 de Agosto de 1819, que fué la que decidió de la suerte política de Nueva-Granada.

Fué el primer cura de Tunja el beneficiado Juan de Castellanos, autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, que se han publicado en la Biblioteca de Rivadeneira. Por la circunstancia de haber vivido en aquella ciudad, se creyó al principio en España que era natural de ella; pero investigaciones posteriores han probado que era español, y oriundo de Castilla.

No solamente tiene Tunja edificios notables, con relacion á la época en que fué construida, sino que tambien posee bellas esculturas, entre las cuales merece el primer lugar el famoso *judío*, cuya perfeccion de estatuaria es tal, que las gentes del pueblo dicen que está vivo y que se le mantiene atado para que no azote la imágen del Salvador, en cuyo camarin se encuentra.

Tunja es hoy una de esas ciudades que viven con el recuerdo de lo que han sido.

J. V.

ALBUM POÉTICO.

LA PALOMA MENSAJERA.

(ASUNTO DIGNO DE CAMPOAMOR, Á QUIEN EL AUTOR DEDICA ESTE JUGUETE.)

«La paloma que llevó á París el parte de Tours, con la victoria de Orleans, estaba llena de sangre: en el camino habia sido herida, aunque ligeramente, de un balazo.»

(Periódicos de los primeros dias de Diciembre de 1870).

Triste monton de lúgubres vapores,
como en siniestra bóveda apiñados,
y destilando niebla parda y fria,
la luz cercenan del ansiado dia
á los acongojados moradores
en el cerco sangriento aprisionados,
que á París orgullosa
puso germana hueste victoriosa.—
Al aspecto sombrío de aquel cielo
responden en el suelo
el retumbante ruido
del monstruoso cañon; el alarido
ronco y feroz, que, apellidando guerra,
ensordece la tierra.—
La denegrida atmósfera, cruzada
por el fulgor de roja llamarada,
en siniestras parábolas á miles,
muestra el paso de sendos proyectiles,
de cuyo trueno al pavoroso amago,
rayo sigue veloz de inmenso estrago!—
En medio de aquel caos espantoso,
que al mismo infierno horrorizar pudiera,
allá en el horizonte tenebroso
súbito resplandece,
con aspecto tranquilo y candoroso,
blanquísima paloma mensajera—
nuncio de paz angelical parece!—
y en sosegado vuelo
rauda se eleva al conturbado cielo.
Fiel mensajera, sí, que estimulada
de puro amor, hácia la prole amada
vuelve, llevando en la rizada pluma,
oculto adrede por amiga mano,
el misterioso arcano,
que acaso encierra en abreviada suma
anuncio ó plan de guerra destructora.
¡Qué carga á semejante portadora!
Mejor al tierno nacarado pico
sentaba el ramo de la verde oliva,
que, de promesas y esperanzas rico,
llevó para calmar su espectativa
otra paloma al Santo Patriarca,
y á la escogida tribu allá en el Arca.
Mas... ¿qué es esto?—¡La mísera paloma
notada ha sido de enemigo fiero!...
«No ha de lograrse tu fatal mensaje,
pájaro inícuo.»—Y en la mano toma
el arma horrible: en ademan certero,
blanco haciendo el blanquísimo plumaje
de su diestra y usada puntería,
á la paloma sin piedad envía,
tras del fulgor y súbito estampido,
cónica bala, que en feroz silbido,
siniestra llama en su trayecto enciende,
y con vuelo infernal el aire hiende.
Al resonar del matador disparo,
la palomica al pronto se estremece;
y como es natural á la inocencia
en la tribulacion buscando amparo,
ó en los sustos y penas un consuelo,
la cabecita alzó mirando al cielo.
¡Movimiento feliz! ¡Oh Providencia!
El mortal proyectil, así esquivado,
no pudo darle muerte;
mas al sesgo rozándole el costado,
herida leve le causó, de suerte,
que de la rota vena el humor rojo
brota abundante, y la purpúrea espuma
torna en carmin la nieve de la pluma.
Una de éstas, del ala desgajada,
en el aire un instante suspendida,
en espiral graciosa y dilatada
hácia la tierra emprende su caida,
yendo á posarse al fin sobre la frente
hosca y feroz del bárbaro inclemente.
Toma, mónstruo, esa pluma: considera
su delicada y frágil estructura:
parte esencial hace un momento era
del cándido ropaje,
que cual si fuese bélica armadura,
probó á romper tu estúpido coraje.
La palomica, en tanto, sosegada,
llega al techo que abriga sus amores;
del rumor de sus alas anunciada,
á recibirla acuden sus señores.
Acógenla con júbilo indecible,
y registrada ansiosamente luégo,
más que la herida, la atencion atrae,
¡oh dureza increible!
el que escondido entre el plumaje trae
parte importante, en redoblado pliego.
La nueva como el rayo se difunde;
clamor de aplauso por do quiera cunde;
¡victoria en Orleans! gritan, ¡victoria!
¡Gloria á la Francia, á sus soldados gloria!
«Premio logre el intrépido correo
»de tales nuevas portador felice
(uno de pronto dice);
»colmado sea de honras y pensiones:
»¿qué es el oro, las cruces, los millones?...—
—»¡Vuestro entusiasmo con deleite veo,
»otro responde (y la sonrisa asoma
»á sus labios)... la sola mensajera,
»que la noticia trajo placentera,
»ha sido una paloma!»
Una paloma cándida y sencilla,
que de ambiciones locas ignorante,
tiene en verdad, por galardon bastante,
que le den un puñado de semilla.

Y era así.—La inocente palomilla,
cabe su nido... mitigado un tanto
el escozor de la reciente herida,
y sin rencor de la insidiosa bala,
la cabecita esconde bajo el ala...,
la pluma esponja..., y quédase dormida.

A. M. SEGOVIA.

Madrid 6 de Diciembre de 1870.

LA ARAÑA, LA MOSCA Y LOS LAGARTOS.

FÁBULA.

Una araña tejia diligente,
en el rincon oscuro
de un arruinado muro,
los hilos de su tela diestramente.

Constante en el trabajo y afanada,
la red mágica extiende;
especie de cortina que defiende
su diáfana morada.

Concluye su tarea, y satisfecha
de obra tan ingeniosa,
del fondo de la tela misteriosa
la incauta mosca acecha.

Llega el alado insecto, en torno zumba
de su enemigo insano...
y, al fin, se pone ufano
sobre esa gasa que ha de su tumba.

Quiere luégo volar; pero su pata
presa está en el tejido...
sale la araña entónces de su nido,
lo atrae á sí... ¡y le mata!

Vecinos de la araña, agazapados
en las grietas del muro,
un asilo seguro
tienen unos lagartos muy taimados.

Dióse el caso que un dia,
al querer los reptiles ver el cielo,
hallaron que la *tela*, como un velo,
su agujero cubria.

Mas como el velo era una bagatela,
y ellos no eran mosquitos,
rompiéronlo sin dárseles tres pitos
por la araña y su tela.

—¡Todos somos iguales!—Con empeño
gritan muchos: ¡Patraña!
¡Lector: en este mundo de cucaña,
sálvase el grande y húndese el pequeño
como en la telaraña!

REMIGIO CAULA.

EN EL FESTIN.

¡Brindo por nuestra dicha!
¡Brindo por el placer!
Llenas están las copas;
apurémoslas bien.
La vida es un momento
que nunca ha de volver:
entre amargura y llanto
pasar no le dejeis...
¡Ay! que por cada gota
que quede sin beber,
una doliente lágrima
mañana vertereis!

E. G. LADEVESE.

AMBULANCIA INGLESA EN SAINT-GERMAIN.

Si las guerras son causa de inmensos desastres, de infinitas desgracias, es consolador, sin embargo, que la sociedad moderna se esfuerce con abnegacion sublime por hacer el bien, por derramar á manos llenas los dones de la caridad cristiana sobre los desgraciados heridos.

Hemos hecho una observacion, con motivo de la horrible lucha que el mundo contempla desde los primeros dias de Agosto: ántes que estuviesen preparadas las máquinas de guerra, lo estaban ya los hospitales de las ambulancias; ántes que se disparase en Sarrebruck el primer cañonazo, la Cruz roja de Ginebra se distinguia en muchas tiendas de campaña de los dos ejércitos enemigos.

La beneficencia se daba más prisa que la destruccion: la caridad cristiana era más activa que los ódios de los hombres.

No hay para qué decir que casi todas las naciones europeas han contribuido al socorro de los infelices heridos: ambulancias francesas y alemanas, belgas y suizas, rusas y holandesas, aparecieron como por encanto en los alrededores de los campos de batalla, lo mismo en Wissemburgo y Woerth que en Metz y Sedan.

Mas es preciso confesar que la nacion inglesa se ha distinguido especialmente en este honroso certámen de la caridad.

El nombre del coronel Lindsay será objeto de perdurables alabanzas.

Él creó en Lóndres un comité de socorros á los heridos, preparó *meetings*, confeccionó rifas y bazares, y supo organizar magníficas funciones teatrales en beneficio de la obra santa; abrió suscriciones, hizo, en fin, todo cuanto puede hacer humanamente un hombre de voluntad enérgica, que se halla además animado por el espíritu de la caridad.

¡Cuántos desdichados le deben la existencia! ¡Cuántos el alivio en sus dolores!

Hay actualmente en la plaza de Saint-Germain, dentro de las líneas alemanas que asedian á París, una de esas ambulancias-modelo, debida al coronel inglés y organizada por él mismo, para la asistencia de los heridos, y de la cual ofrecemos en este número un excelente grabado.

La reina Augusta, la caritativa esposa de Guillermo I, que se dedica con tanto celo á visitar y cuidar de los heridos prusianos y de los prisioneros franceses, no podia ver con indiferencia los generosos esfuerzos del coronel Lindsay, y le ha dirigido la expresiva carta que á continuacion copiamos:

«Señor coronel: he visto y admiro sinceramente la manera generosa con que la nacion inglesa se esfuerza por aliviar los horribles sufrimientos de los soldados en la presente guerra, creando ambulancias, estableciendo hospitales y depósitos para la curacion de los heridos y distribucion de socorros.

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ...

Yo me congratulo de poder expresar mi reconocimiento, en nombre de la gran patria alemana, á vos, coronel, y al comité que presidis, y enviaros á la par las más sinceras y profundas gracias.

Podeis estar seguro de que toda la Alemania os debe respeto y agradecimiento, así como de que os estima cordialmente —*Augusta.*»

Tambien el príncipe real le ha dirigido esta carta:

«Cuartel general de Versalles, 2 de Noviembre.—Señor coronel: la noble contribucion prestada por vos para el socorro de los heridos, merece más que una sencilla recomendacion. En esta ocasion, como en otras parecidas, de desgracias y perturbaciones, el auxilio del pueblo inglés se ha prodigado imparcialmente y con mano liberal y generosa.

Y este auxilio, ofrecido con verdadero espíritu cristiano, ha excitado un voto de cordial gratitud entre aquellos en cuyo nombre os hablo y á quienes represento en este instante: los soldados heridos de mi ejército, á cuyo beneficio especial habeis destinado vuestros dones.—Os estima y saluda,—*Federico Guillermo.*»

MADRID.

LA ESQUINA DE LA CALLE DE LOS PELIGROS.

Al Madrid de nuestros padres, al *Madrid que se va*, pertenece el grabado de esta página.

MADRID.—LA ESQUINA DE LA CALLE DE LOS PELIGROS.

En efecto: al antiguo gigantesco y macarrónico letrero: *Café suizo de Matossi, Fancony y compañía*, hermano gemelo de los que áun campean sobre las portadas de otros establecimientos semejantes en Valladolid, Búrgos y Bayona, ha sustituido en estos últimos dias una decoracion elegante y sencilla, con multitud de rotulitos góticos y mármoles de imitacion.

Pero la esquina del Suizo siempre es la misma: un segundo mentidero de Madrid, una etapa de la Carrera de San Jerónimo, el punto de cita de los vagos, el balcon de los *mirones* y la antesala de los cesantes.

Dentro del Suizo hallareis un excelente moka, los más ricos pasteles, los hombres más presumidos y los maldicientes más temibles.

En la esquina del Suizo se encuentra la gran señora con el haraposo mendigo, el finchado caballero con la vendedora de periódicos, el lacayo con el duque, el cesante con el ministro, el *chulo* con la *cocotte*.

Madrid se va, pero Madrid se queda.

La decoracion ha cambiado, pero la comedia es la misma.

¿Qué diferencia existe en la esquina del Suizo desde los tiempos de Larra y Espronceda hasta los de... Pina y Pastorfido?

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA ILUSTRACION.

Como teníamos ofrecido, acompañamos al presente número el prospecto para el año próximo, y rogamos á los mismos fijen su atencion en él, toda vez que explicamos nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir.

ANUNCIOS.

TRATADO DEL CULTIVO DEL OLIVO EN ESPAÑA

Y MODO DE MEJORARLO,

POR

D. JOSÉ DE HIDALGO TABLADA.

Acaba de publicarse la segunda edicion, corregida y mejorada, y se halla de venta en Madrid en casa de sus editores, señora viuda é hijos de Cuesta, Carretas, 9, al precio de 16 rs. en Madrid y 18 para provincias.

EL CONSERJE DE LA CALLE DEL BAC.

Novela escrita en francés por *Ch. Paul de Kock*, traducida por V. I. y C., ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, un tomo en 12.º, 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 50 céntimos de peseta en provincias, franco de porte.

Este precioso cuadro de costumbres, tan exacto como moral, y tan epigramático y gracioso como tierno, demuestra las ventajas de una buena educacion proporcionada á la posicion social de cada uno.

Como en las novelas de este fecundo escritor surge natural y lógicamente el castigo y el premio, segun las acciones de cada uno de los personajes, el lector quedará complacido al ver recompensada la honradez del *Conserje*, y se sonreirá con lástima cuando lea la desgracia de la mujer del *Portero*, y de la desenvuelta y vana hija del *Suizo*.

Hé aquí el índice de las materias que contiene esta novela:

I. Suizo y portero.—II. Los chismes de vecindad.—III. El conserje de la calle del Bac.—IV.—En casa del Suizo.—V. El hijo del Suizo.—VI. En casa del portero.—VII. La condesa de Marvance y su sobrina.—VIII. En globo.—IX. Un aparecido.—X. Julian y Adela.—XI. La señorita Ifigenia.—XII. El Suizo en casa del conserje.—XIII. El maestro de dibujo.—XIV. La comedia en casa del panadero.—XV. La feria en una aldea.—XVI. Debajo de la escalera.—XVII. Lo que habia en el cuarto del desvan.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de *don Cárlos Bailly-Baillière*, plaza de Topete, núm. 8, Madrid.

TESORO

DE

LA ADMINISTRACION MUNICIPAL Y PROVINCIAL,

Ó MANUAL DE ORGANIZACION Y ATRIBUCIONES DE LOS AYUNTAMIENTOS Y DIPUTACIONES PROVINCIALES.

POR D. JOSÉ MARÍA MAÑAS.

Esta importante obra que comprende anotadas, comentadas y concordadas todas las disposiciones referentes á la administracion de las provincias y de los municipios, es de una utilidad indisputable para las diputaciones, ayuntamientos y funcionarios de la administracion civil. Contiene, entre otras disposiciones del mayor interés, la ley y reglamento de presupuestos y contabilidad provincial; la ley y reglamento de beneficencia; la ley y reglamento de arbitrios provinciales y municipales; la instruccion relativa al modo de proceder para hacer efectivos los débitos á favor de la Hacienda pública; la novísima ley electoral; la ley y reglamento de montes; la de administracion y contabilidad del Estado; y por último, un tratado utilísimo de TENEDURÍA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE, con aplicacion á la contabilidad de los municipios, de las provincias y de los establecimientos que de ellas dependen.

Los aspirantes al ingreso en el cuerpo especial de contabilidad y tesorería del Estado, hallarán tambien muy conveniente este libro, supuesto que tienen que probar en los ejercicios el conocimiento de la teneduría de libros, con aplicacion á los fondos de las provincias.

Forma un volúmen de 900 páginas, con su índice alfabético razonado, y se halla de venta al precio de 60 reales (15 pesetas), sin el APÉNDICE, en la administracion del *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, calle del Espejo, números 9 y 11, cuarto principal, y en las librerías de San Martin y Hernando.

Con el APÉNDICE, que comprende las leyes orgánicas del municipio y de la provincia de 20 de Agosto de 1870, la novísima legislacion de quintas y otras varias disposiciones importantes, cuesta 66 rs. (16 pesetas 50 cénts.)

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.